

El Ruedo

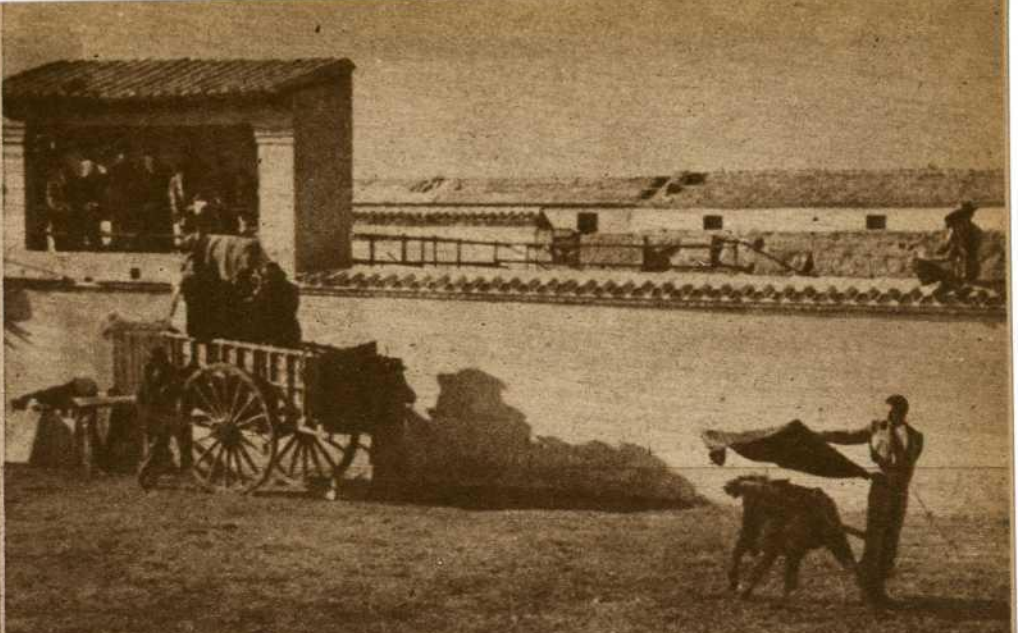
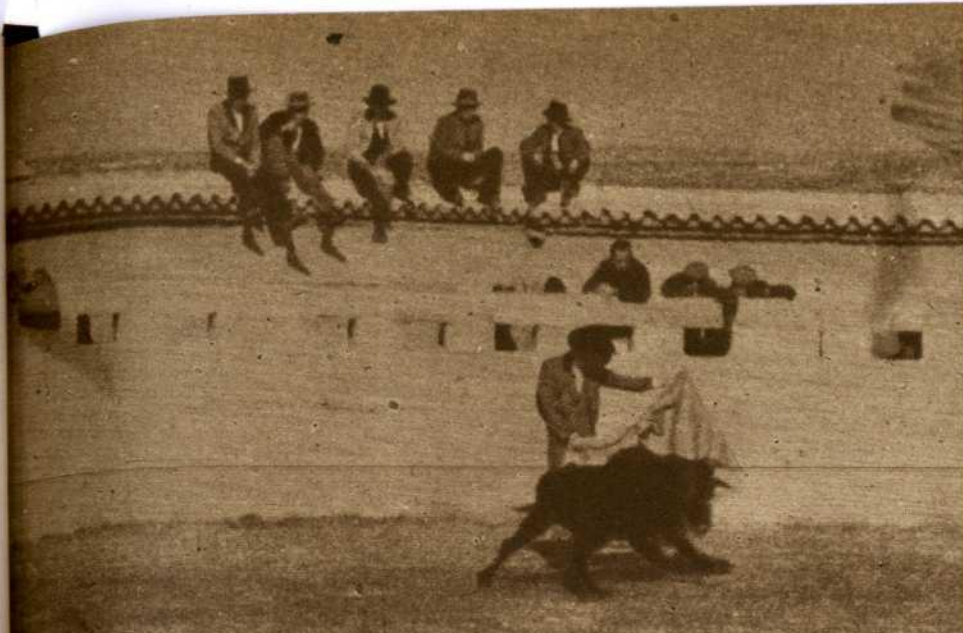


2
Ptas.

MAVEDRA

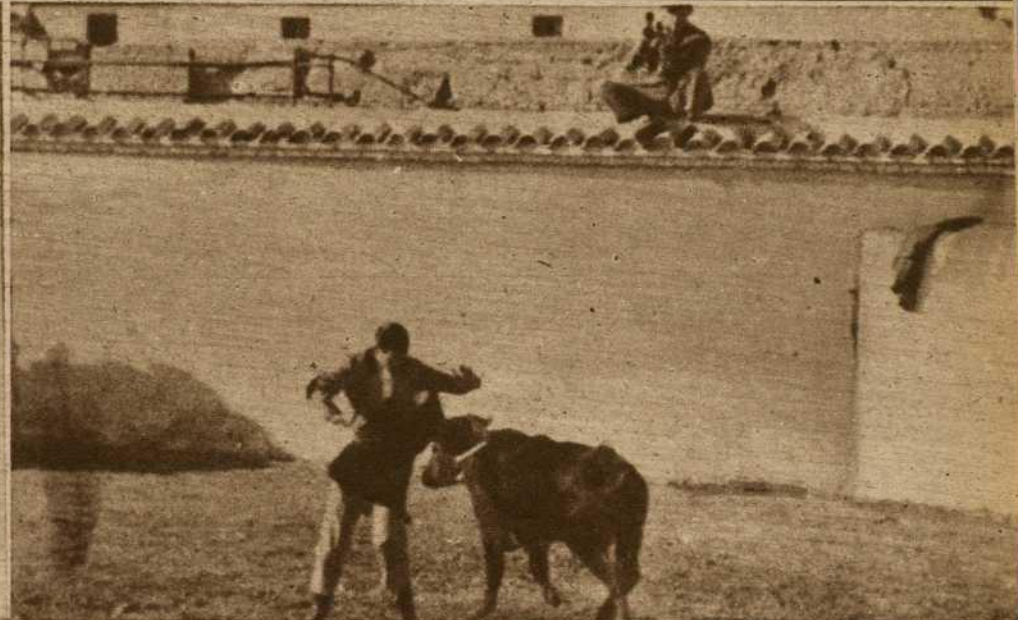
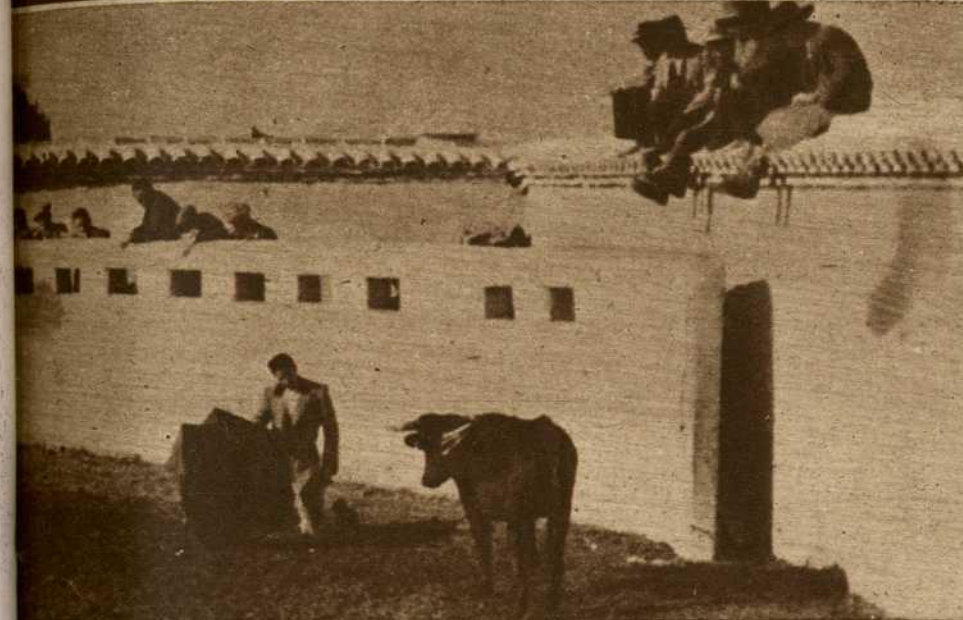


«Campinando»



Julián Marín torrea, con su arte impecable, para unos cuantos aficionados. La cámara de Iquino recoge este momento de la fiesta para la película "Aquel viejo molino"

Ambiente de campo. Placita en una finca, y para completar, el cerro. El camarero va recogiendo en el celuloide esta manoletina, que será un motivo más en la película que rueda



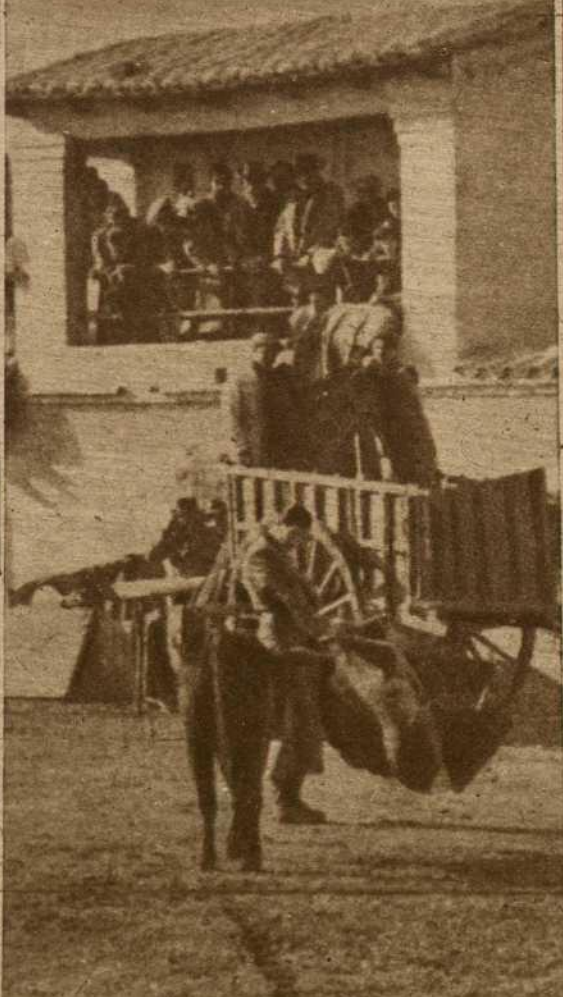
La finca del marqués de Tolosa es el marco de las escenas cinematográficas. El navarro cita muy de cerca al novillo. Y unos extras, disfrazados de andaluces, completan el cuadro taurino...

Desde todos los puntos se cogen los detalles de la faena. Primeros planos, fotogramas que en la pantalla deslumbrarán a los aficionados a la fiesta. Todos los adornos son ejecutados durante la filmación

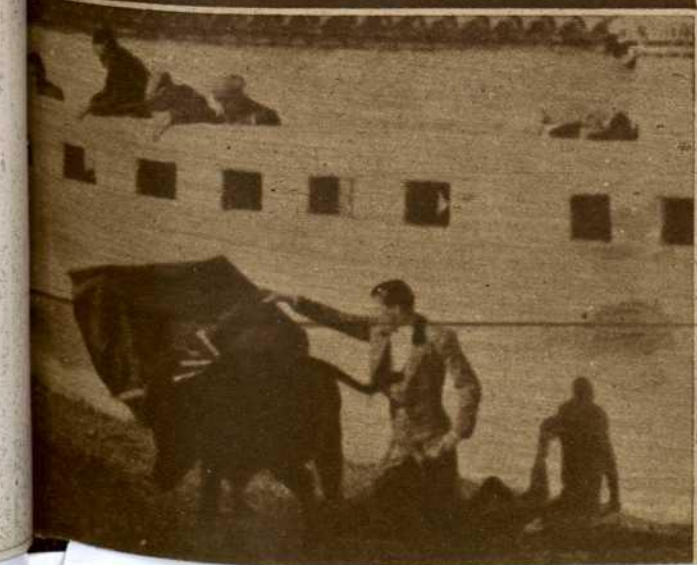
LOS TOREROS EN EL CINE

JULIAN MARIN ANTE LA CAMARA

Pases de rodillas. Tanteando los defectos de la fiera... exponiendo, el diestro navarro actúa... bajo la dirección de Iquino (Fotos Lleixá)



Va a ser coronada la faena. Los aplausos darán sabor a esta fiesta, parte principal de "Aquel viejo molino". Julián Marín termina su actuación con este pase por alto



Tiene sabor a toros... Y la fiesta recobra en este instante toda su brillantez. Julián Marín lucha, como tantas tardes, por enajar la gran faena. Es el actor de "Aquel viejo molino"



AYER Y HOY

IDOLOS DE NIEVE

por ANTONIO CASERO



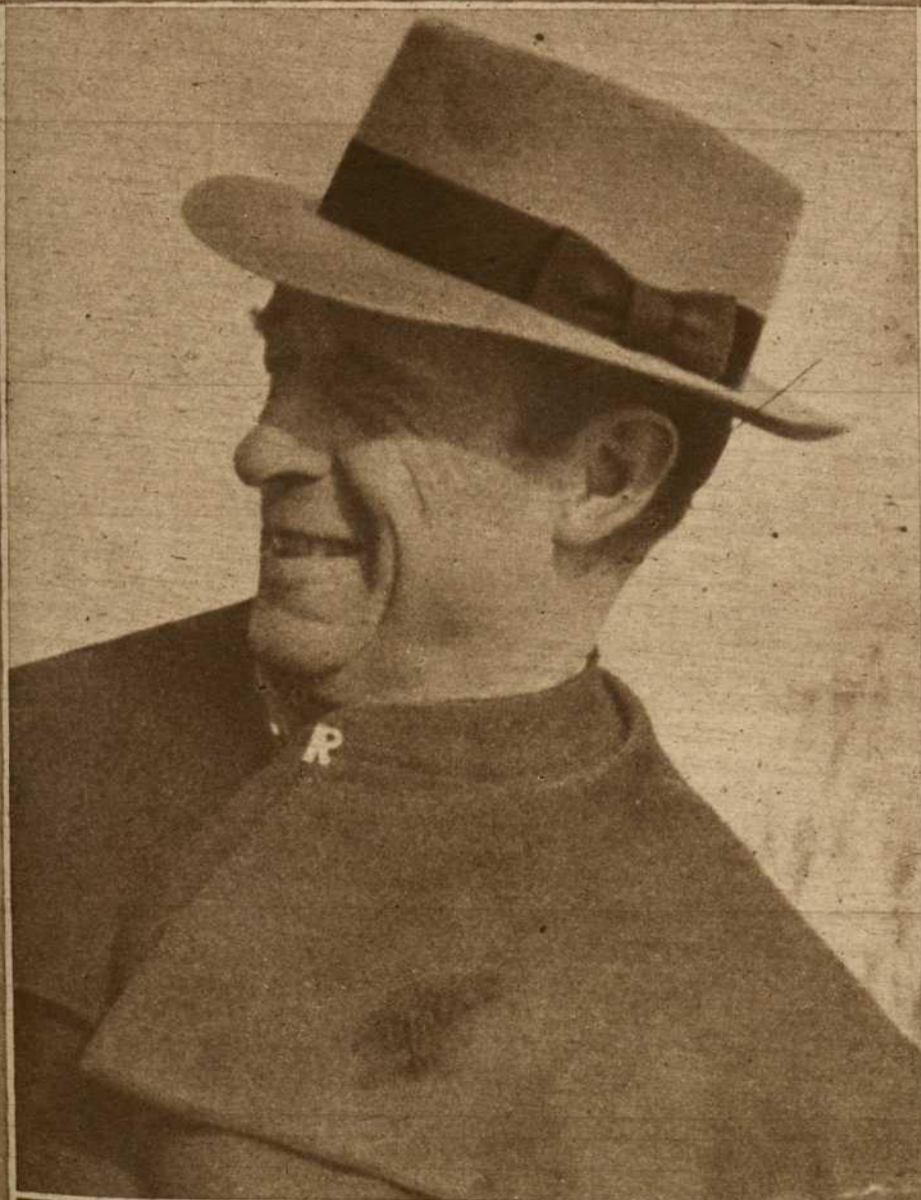
ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III — Madrid, 24 de enero de 1946 — Núm. 83



EL GANADERO DON ANTONIO PEREZ, DE SAN FERNANDO, HABLA PARA «EL RUEDO».—El conocido criador de reses bravas, que ha sostenido una interesante charla para nuestra Revista

Información en las páginas 16 y 17)

(Foto Manzano)

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



Por algunas de las varias descripciones que hasta ahora se han hecho de la Monumental Plaza de Toros Avila Camacho, próxima a inaugurarse, sabemos que entre tendido y tendido se han construido unos plintos para que sobre ellos se alcen en piedra o bronce momentos cumbres y bellos de las distintas suertes del toreo. En estas mismas páginas apareció hace un par de semanas una información, ilustrada con unas fotografías del diestro español Rafael Perea, Boni, en las que aparece, posando para el

escultor, dando un lance a la verónica, uno de esos lances del Boni de sello tan personal e inconfundible.

La escultura del diestro español se alzará sobre uno de aquellos plintos, pregonando un modo perfecto de torear a la verónica. El Boni, con el capote levemente sustentado por las manos muy bajas, caídas, casi lacias, las piernas levemente separadas, inclinada la cabeza y los ojos fijos en el peligro que le roza la vida, aparece en el instante bellísimo y emocionante de cargar el lance.

No sabemos que otros diestros españoles de antes o de ahora *alternarán* con el Boni. Es posible que la exigencia para tan alto honor exceda de esa proporción del cincuenta por ciento estipulada para torear de verdad. Pero eso no importa a nuestro comentario, que lleva otro derrotero.

La idea del arquitecto que trazó los planos de la Plaza Avila Camacho nos llega como una lección que ya tenía su precedente en el monumento erigido en la del Toreo a Silverio Pérez. Por las Plazas de España no hallamos un rastro semejante de ningún diestro antiguo o moderno. Ni siquiera en nuestra bellísima Plaza de las Ventas se ha logrado aún emplazar el busto a Joselito, que un día vimos ya casi acabado en las manos ágiles y recreadoras del ilustre escultor Juan Cristóbal. En España, *para ver* la fama de los diestros, es necesario ir a los cementerios.

Y no es que falten Plazas donde *instalarlas* —las famas—, ni temario para la inspiración de los artistas; es que la idea no ha nacido aquí, donde precisamente nació el arte de torear.

Hemos de lamentarlo, porque nos parece bellísima e incluso un estímulo más para los diestros; pero podríamos tener el consuelo de imitarla, no de copiarla. Para cada Plaza —su propietario o su arrendatario—, no sería un exceso que se perpetuase la memoria de un diestro, de antes o de ahora.

Hacia el abaratamiento de la FIESTA NACIONAL

DANIEL ARGOMANIZ cree que hay que empezar por disminuir los impuestos

En la actual temporada es casi imposible que los ganaderos reduzcan el precio de sus reses

No se debe pretender la rebaja únicamente a costa de quienes más exponen: los toreros

CUALQUIER rincón de cualquier café era bueno en aquel día para una entrevista. Nevaba hacia ya varias horas. Iban por las calles las gentes más atentas a evitar la caída que a otra cosa cualquiera. Nadie paraba atención en lo que le rodeaba. Bastante tenía cada cual con cuidarse de sí mismo. Pasaron ya aquellos tiempos, de los que nos queda el recuerdo de viejas estampas en viejas revistas, en los que la nieve era recibida con júbilo y era empleada, entre otras cosas, para que jóvenes de buen humor y pocas ocupaciones perdieran el tiempo modelando toscamente, figuras que servían para divertir a los chicos del barrio y para que algún reportero gráfico pudiera llevar a su periódico una nota de actualidad. Pasaron aquellos tiempos. Hoy, las gentes no pierden el tiempo, porque no lo tienen, en modelar figuras grotescas, y sólo se preocupan, cuando van por las calles nevadas, de conservar la integridad de sus huesos; el cuello del gabán subido, el sombrero encasquetado y con sólo ojos para ver dónde se pisa. Cualquier rincón era bueno para una entrevista, aunque de antemano supiéramos que el café que nos iban a servir en aquel rincón sería, con toda seguridad, malo.

Acertamos en todo. La malísima calidad del brebaje que nos sirvieron era compensada por lo grato del ambiente y la condición de nuestros ocasionales tertulianos. Habíamos citado a Daniel Argomániz, y con



De vez en cuando, Argomániz hace como que medita; pero no: es que lucha con hacer arder el tabaco que ha depositado en su cachimba

él nos esperaban el matador de toros Mario Cabré y el de novillos Antonio Rangel. Bien podía darse por bueno aquello que por café nos sirvieron.

Ya sabéis que Argomániz es apoderado de Cabré y de Rangel. Es posible que no sepáis que Argomániz es muy amigo de ambos toreros. Cree el apoderado que para serlo es precisa la condición de la amistad sincera con el torero. Por eso, él no apodera nunca a muchos diestros. Y eso que Argomániz es apoderado desde que era niño. Su padre lo fué de Domingo, de Gitanillo de Ricla, de Valencia II y de otros muchos toreros de fama. Este Daniel Argomániz, que en sus años mozos pretendió orientar su vida por otros derroteros, tenía que ser, fatalmente, apoderado. De esos años mozos le ha quedado una costumbre, que es característica y signo que le distingue: la cachimba. Argomániz era delineante. Los buenos delineantes han de ser, en gran proporción, artistas. Argomániz fué buen delineante. Ahora, que nosotros sepamos, el único hombre de negocios taurinos que usa constantemente la cachimba; y el único apoderado que para serlo precisa de la con-

dición primera de las relaciones irreparables, y tal sincera, es Daniel Argomániz.

Por azar, y circunstancialmente, se ha visto en las cosas taurinas, que Argomániz, por grandes cantidades. lo sabía muy bien el vertido en empresas de Pagés, y por ello mo les ha ocurrido a otros albaceas testamentarios a Argomániz, Mar- rios del finado Pagés y Belmonte. Los tres se reunieron en Madrid y Pagés explotará los cambios impresiones que éste tenía en la próxima temporada hasta las 15. Han tratado sobre los extinciones de los primeros carteles de Sevivos contratos, y los han abocetado los de ceas son los encargados Plazas. Nada puede representarlos en los decir ahora de los re- ción y organización prácticos de es- negocios.

Mánolo Belmonte, que cree que no ha- tará la Plaza de San Francisco, enciende el tabaco de maniz, las de San Francisco, pone encima tian, Gijón, Salamanca, tabaco una pelota de Valladolid. Cinco rubel hecha con un núme- importancia, en los corrientes de MARCA, y, pueden dar buen uso que nadie se explique de corridas de toros, lanza bocanadas de novilladas. Cinco rubel. Sonríe, seguro de la que reclamarán la admiración que produce de esos tres hombres siempre este número de merecieron la co- gía, y se declara dis- del primer empresario de España. Preguntas le hagamos so- importantes, con

mu- muy fácil sufrir equi- caciones irreparables, y tad sincera, es Daniel Argomániz. Por azar, y circunstancialmente, se ha visto en las cosas taurinas, que Argomániz, por grandes cantidades. lo sabía muy bien el vertido en empresas de Pagés, y por ello mo les ha ocurrido a otros albaceas testamentarios a Argomániz, Mar- rios del finado Pagés y Belmonte. Los tres se reunieron en Madrid y Pagés explotará los cambios impresiones que éste tenía en la próxima temporada hasta las 15. Han tratado sobre los extinciones de los primeros carteles de Sevivos contratos, y los han abocetado los de ceas son los encargados Plazas. Nada puede representarlos en los decir ahora de los re- ción y organización prácticos de es- negocios.



El mejicano Rangel y Mario



apoderado, Daniel Argomániz. (Fotos



Durante la charla que Argomániz sostuvo para nuestra revista, Mario Cabré, convaleciente aun de su percance, y Rangel, acompañan a su apoderado

bre el abaratamiento de la fiesta. Daniel Argomániz cree que la fiesta nacional está mejor que nunca; pero tiene el convencimiento de que resulta cara para la mayor parte del público, y, por consiguiente, convendría abaratarla.

—Es preciso —nos dice— que se imponga el buen criterio de que todos cuantos intervienen en las corridas de toros son los que deben actuar de manera conjunta para intentar ese abaratamiento.

Cree que lo primero que hay que ver es si es posible llegar a una reducción en los impuestos que gravan los presupuestos de los espectáculos taurinos. Si no se empieza por ahí y esto no se logra, será muy difícil que se pueda llegar a la reducción en los precios, al menos en el año actual; en primer lugar, porque el año ganadero no ha sido, ni mucho menos, propicio a la rebaja en el precio del ganado, y en segundo lugar, porque pretender que los únicos que contribuyan a la rebaja sean los que más exponen (los toreros), es pretender un absurdo. Si se rebajan los impuestos, este mismo año podría empezarse a notar el beneficio que tal medida reportaría a la cartera del aficionado; y si

el campo sigue con humedad bastante para los prados, en el próximo año se podrían continuar rebajando los precios de las localidades. Por ahora, estas dos condiciones no se dan, y no se ha de pensar en lograr la rebaja únicamente a costa de los honorarios de los lidiadores.

—Cuando la cuantía de los impuestos disminuya y el precio de los toros baje, algo se podrá hacer en las combinaciones de espadas para reducir el presupuesto, intercalando en cada cartel, al lado de las primeras figuras, la de un torero de segunda fila que interese a la afición. Ahora, tal cosa no se puede hacer, porque los gastos son muy grandes, y se procura defenderlos reuniendo en un solo cartel las figuras de tres grandes toreros que garanticen el lleno.

Argomániz nos ha dicho cuanto quería. Su cachimba se ha apagado. Quitó el tapón que hizo con MARCA y descubrimos que nuestro diario es incombustible, porque el tabaco quedó convertido en ceniza y el periódico continúa íntegro. Carga de nuevo el depósito, prende fuego al tabaco y pone la bola de papel como tapadera. Argomániz demuestra que sus pulmones son dos magníficos ejemplares dignos de estudio. Sus dos poderosos discuten sobre escuelas poéticas —los dos son poetas—; Manzano comienza a tararear una cancioncilla en inglés.

En la calle sigue nevando con fuerza.

BARICO

NUESTRA CONTRAPORTADA

ANTONIO GUERRERO, GUERRERITO



NACIO Antonio Guerrero en el barrio de San Bernardo, de Sevilla, el 7 de octubre de 1871.

Aprendió el oficio de ajustador; pero, llevado de su gran afición por los toros, lo dejó pronto para poder asistir, con otros aficionados, a cuantas capeas y tentaderos se celebraban en las inmediaciones de Sevilla, en cuya Plaza hizo su presentación como banderillero el 24 de junio de 1888, a los órdenes de Manuel Callejo Colón. Siguió torando de peón hasta que ingresó como soldado en el Ejército, y, al licenciarse, formó en la cuadrilla de José Gutiérrez, con el que marchó a América. En Brasil comenzó a matar novillos y, al regresar a España, en 1894 toreó ya como novillero. El 28

de julio de 1895 se presentó en Sevilla, alternando con Angel García Padilla y Diego Roñas, Morenito de Algeciras, en la lidia de novillos de López Aparicio. El 10 de noviembre del mismo año, acompañado de García Padilla, hizo su presentación en Madrid con reses de Veragua.

El 31 de octubre de 1897, Lagartijillo le dió la alternativa en Granada, con reses de don José Clemente. Esta alternativa no le fué confirmada hasta el 29 de junio de 1899, fecha en que Minuto le dió en Madrid la muerte del toro Escapulario, de don Juan Manuel Sánchez, de Carreros. Les acompañaba Pepe-Hillo.

A partir de la fecha de la confirmación de la alternativa, Guerrerito fué solicitado con frecuencia por los empresarios de toda España. No era torero de primera fila; pero hacía siempre buen papel alternando con los que tenían tal categoría, y era uno de los más notables matadores de toros de los de segunda categoría.

En 1908 había perdido mucho cartel, y cuando ya estaba poco menos que olvidado tuvo la fortuna de hacer una gran faena en Barcelona, y volvió a ser solicitado por las Empresas. No duró mucho esta buena racha, y aunque en 1913 hizo en Madrid otra gran faena a un toro muy difícil, del marqués de Lléns, toreó tan poco que la última vez que fué contratado fué el 15 de agosto de 1914, en Vitigudino, Salamanca.

Vivía retirado en Madrid, de cuya Plaza era asesor, muy considerado por todos los que conocían sus dotes personales y rodeado de amigos que le que fan y admiraban. Estos amigos consiguieron la cesión del ruedo madrileño para dar una corrida que fuera de despedida y a beneficio del torero sevillano, y la corrida se celebró el 30 de septiembre de 1924. Antonio Cañero rejoneó y mató un toro. Guerrerito mató muy bien el primero de lidia ordinaria y otros tres fueron despachados por Nacional, Maera y Valencia II. La corrida fué un éxito artístico y económico para Guerrerito. Las localidades fueron despachadas totalmente, y Guerrerito, a pesar de su desentrenamiento y de su edad, lidió al toro que le correspondió de magistral manera.

Antonio Guerrero murió en Madrid el 19 de enero de 1933.

Fuó un torero muy enterado, al que sólo faltó decisión para descolgar más de lo que hizo.

B.

XEREZ-QUINA

EL APERITIVO
QUE TOMA
TODO
EL MUNDO

VALDESPINO
JEREZ

EL PLANETA DE LOS TOROS

UN TORO ANTROPÓFAGO

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE

Mi amigo Luis Martín fué muchos años contratista de caballos de la Plaza de toros de Vista Alegre. Entonces, los jacos que montaban los picadores valían poco, unas pesetillas de nada. Aun así y todo, el negocio era bastante arriesgado, porque los toros que se lidiaban en aquel ruedo, a pesar de que nunca tenían mucha casta, cuando cogían a un caballo por su cuenta se despachaban a su gusto tirándole cornadas. Luis Martín todavía se lleva las manos a la cabeza cuando lo cuenta.



—¡Qué corridas de toros aquéllas! Me acuerdo de una de Palha, que peno que cogía un toro lo tiraba al aire y el animalito caía como si le hubieran tirado de la Telefónica a plomo y lo menos que se partía era la espina dorsal. Y en cuanto al picador, no te digo más que se acabaron las tablillas para las fracturas. Uno de los picadores era Brazo Hierro; después de una caída de ésas, entró en el patio de caballos, tambaleándose, sin vista, y, como sonámbulo, va y se tira al pilón del agua. «¡Pero qué haces!», le preguntaba yo. «Nada, déjame ahogarme, maldito sea mi sino». Esa tarde, ¡vaya unos Palha! de mi alma! Para que te des una idea de lo que fué aquello, te diré que había cola de picadores en la enfermería; te lo juro por mi honor. Claro que los picadores de entonces eran como Hernán Cortés. Todavía pica el Artarito, Arturo Serrano, el único en el mundo que se ha salvado del tétanos. Arturito entró una tarde en el patio de caballos de Vista Alegre con la cabeza torcida. «¡Qué te pasa, Arturito!; vete pa la enfermería». Y él me contestó: «No, déjalo, a lo mejor es un aire; procuraré caerme del otro lado para que vuelva la chola a su sitio». Y al otro toro, pues lo consiguió el hombre. Naturalmente, que no todos tenían este temple. Se lidiaba una corrida de Félix Gómez, una moza; el que menos pesó treinta y dos arrobas. Al cuarto toro no quedaban más que dos picadores relativamente sanos. Y oigo que uno de ellos le dice a un mono: «¡Avísame un cochel!; «¡Pero, adónde vas, chala!; «¡Si aún quedan dos!; «Pues por eso precisamente que quedan dos, me voy. ¡Tú no sabes lo que es eso! Yo he venido aquí a picar y no a la guerra europea.» Entre yo y cinco guardias lo tuvimos que montar a caballo para que saliera al ruedo, y cuando le abrían la puerta se volvió y nos dijo: «En la calle de Tabernillas vivo; decirle a mi mujer que la perdono de todo corazón». Eso sí, aquellos picadores bebían cazalla que daba espanto. Por la mañana del día de la corrida llegaban a la prueba de caballo. Yo tenía preparados tres litros del peor matarratas que encontraba. ¡Tres litros, que se dice pronto! Bueno, pues a la media hora no quedaba ni una gota. Se enjuagaban la boca y me decían: «¡Hoy es flojillo, Luis! El miedo lo empujaban para dentro a fuerza de aguardiente. Algunos preguntaban: «¡Qué es lo que hay encerrao!; Y uno, pues qué les iba a decir, le quitaba importancia al asunto. «Nada, unos infelices». El Anguila, al contestarle esto una vez, me dijo: «Oye, tú, so mal ánge!; ¿por qué llamas infeliz a la torre de Santa Cruz, ponte los hierros y súbete en este manajo de huesos y entonces hablas!»

Luis Martín ha ido contando todo esto entre grandes risas. Pero, de pronto, se pone serio, se pasa la mano por los ojos y exclama con acento emocionado:

—Ahora, que lo que no se me olvidará nunca es aquel toro de Palha que se lidió el año 1922. ¡Qué toro! ¡Trae una copa, chico, para que se me pase el susto! Sale del chiquero, y como entonces los picadores lo esperaban en el ruedo, ve a uno, se va pa él, coge el caballo, le tira unos cuantos gañafones y... ¡le parte por la mitad! ¡Así como lo estáis oyendo y yo me llamo Luis Martín por mar y por tierra. La parte delantera quedó debajo del estribo de la barrera y la trasera en el tercio.

—¡Y el picador?

—Al picador no se ha vuelto a ver más. Salvado de la catástrofe por milagro, salió corriendo y hasta ahora.

—¡Pero, bueno, qué clase de caballo era ese!

—Pues un caballo, señor, lo que se dice un caballo, no un pura sangre, ni un normando; pero un caballo, con su esqueleto completo y su poquita de carne. Lo terrorífico era el toro. ¡Aquello no era un toro; aquello era Jack el destripador y la fiera corrupta, en una pieza!

—¡Y quién lo mató!

—Nadie. Aun está vivo y coleando.

Luis Martín pide otro vaso de tinto y se vuelve a pasar la mano por los ojos.

—¡Animalito, luego me enteré que era un toro antropófago y se comía tres carneros de una sentada! Y el señor de Palha lo mandó a Vista Alegre a una fiesta de luz y alegría. ¡Te digo que en este mundo se ve cada cosa!

Caras extranjeras en el tendido

Don Eduardo Ceballos ha podido comprobar la sangre torera de muchos españoles mientras conduce su automóvil

En los ruedos pequeños se aprecian mejor los detalles

DON Eduardo Ceballos es el agregado naval de la Embajada de la Argentina en España. Está entre nosotros desde el año 1942, y es, desde que llegó, un espectador asiduo de la fiesta taurina.

—Porque yo —empieza diciéndonos— soy, o me considero, por mi ascendencia, español de pura cepa. De modo que no tiene nada de extraño que desde la primera vez que lo vi sintiera este espectáculo tan racial y emocionante y me causara el mismo efecto y las mismas reacciones que a ustedes.

—¿Es que no había visto corridas hasta que llegó a nuestra tierra?

—Eso es. Porque no se puede llamar corrida a un festejo que vi en Montevideo, hace bastantes años, con los cornúpetas embolados y sin nada que se pareciera a lo que yo me figuraba, a través de varios libros que había leído y de mis conversaciones con españoles, que era la fiesta de ustedes.

—Y esa impresión, ¿se acopló a la realidad?

—Desde luego. No sufrí ninguna decepción, y pude comprobar que la idea que yo me había formado de las corridas de toros era bastante exacta. Sólo la primera vez que me senté en el tendido recibí la sensación de que el público no era como yo había pensado.

—¿Pues?

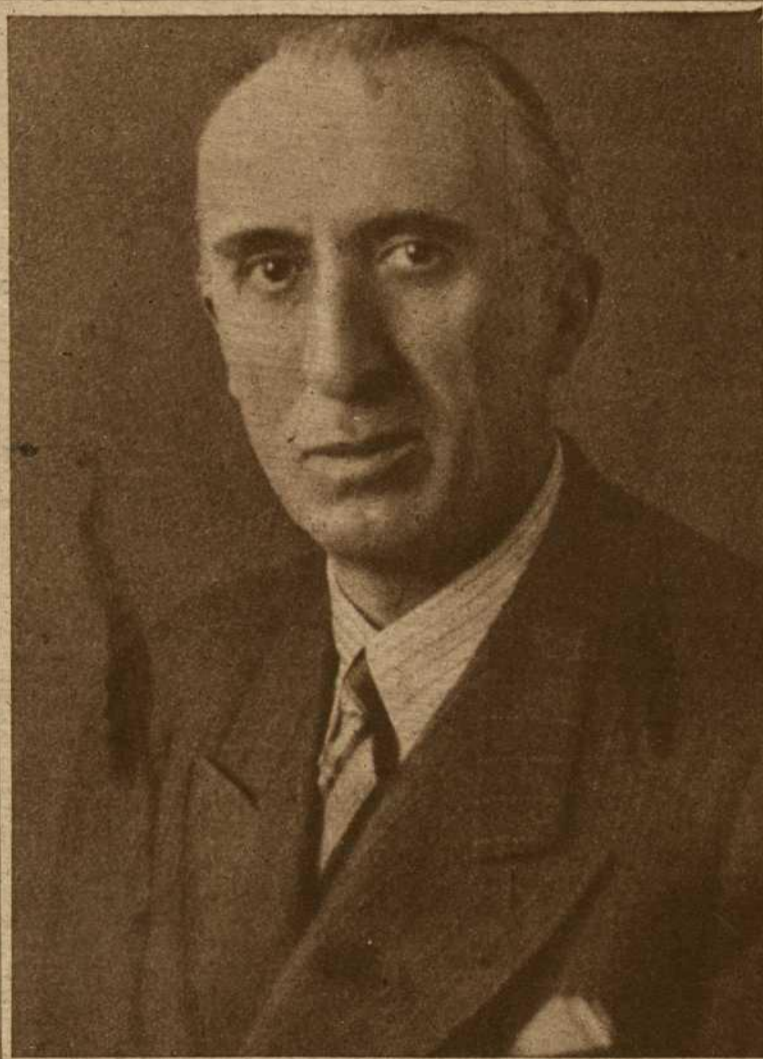
—No; sí, luego he comprobado que depende del sitio, que el espectador es más vehementemente en unos sitios que en otros. En esa corrida a que me refiero se retiraba Marcial Lalanda de la Plaza de San Sebastián, y el nombre de este torero es el único que recuerdo de aquella tarde, porque quedó mejor que los que alternaban con él. El público, que es a lo que iba, me resultó más frío de lo que yo esperaba; pero ya le digo que esto es, me parece, una cuestión de clima. Después, en Madrid, vi muchas veces que los espectadores formaban el conjunto entusiasta, lleno de calor, que yo esperaba encontrar. Y en casi todas las Plazas que conozco he observado ese mismo ambiente de pasión, que es consustancial con la fiesta.

—¿En qué Plaza se ha encontrado, señor Ceballos, más a gusto?

—No sé si será un disparate lo que digo; pero donde yo he apreciado mejor todo ha sido en la pequeña Plaza de Aranjuez. Quizá fuera que el día que estuve, Luis Miguel Dominguín hizo una gran faena. Aunque creo que no es esa la causa. Saqué en Aranjuez la impresión de que en un ruedo de proporciones reducidas se valoran las cosas más justamente, se cogen hasta los detalles más insignificantes.

—Y, ¿qué clase de espectador es usted?

—En este aspecto, creo que soy un espectador



Don Eduardo Ceballos, capitán de fragata, agregado naval de la Embajada argentina en España

ejemplar. Me acoplé en seguida a la costumbre del puro, me encontré cómodo en el ambiente, y si no grito ni discuto no es por falta de temperamento, sino por temor a que el vecino de localidad me demuestre que estoy equivocado. Después de todo, yo soy un profano en la materia; pero crea que a veces tengo que hacer verdaderos esfuerzos para contenerme.

—¿Cree que el toreo se aclimataría en su país?

—En la Argentina hay una devoción, un culto al caballo. El rejoneo obtendría allí quizá más éxito que el toreo a pie. Alvaro Domecq, por ejemplo, ganaría triunfos de clamor. En cuanto a la suerte de picar, tengo la certeza de que no agrada en absoluto; pero sí las demás partes de la lidia. Por otra parte, es natural que el toreo a caballo tuviera allí más aceptación, por esa admiración al noble bruto de que le he hablado, como gustarían las faenas de acoso y derribo, que en mi país se efectúan de distinta manera, acercando el caballo a la res hasta empujarla y hacerla caer.

—Tengo entendido que se ha hecho usted coleccionista de recuerdos taurinos.

—No tanto, no tanto... Quiero llevarme algu-

nas cosas: carteles, programas, banderillas, algún capote... Lo que si he comprado son bastantes libros sobre el tema taurino. Me distraen mucho y me ayudan a ilustrarme sobre la materia, sobre esta fiesta tan viril, en la que se refleja el espíritu de una raza indomable, su desprecio por la vida, hasta el punto de que es el único deporte, si puede llamarse, en el que la existencia se juega directamente.

—¿Ha presenciado alguna cogida importante?

—No; pero si revolcones, dramas que, por fortuna, no han sido más que aparentes, sin consecuencias. Ello no obsta para que desde el primer momento me haya dado cuenta del peligro por el que atraviesan los toreros mientras están en el ruedo.

—¿Hay similitud entre nuestro público y algún otro de su país?

—Yo le encuentro semejanza con el que presencia los partidos de fútbol. Los veo igual de vehementes y de exigentes.

—¿Exigentes?

—Sí. Por lo que yo he podido ver, el público taurino exige a veces lo imposible. Lo imposible es que los toreros se arrimen más de lo que lo hacen. Tengo entendido que los toros de otras épocas eran más fuertes y que los espectadores se conformaban con una distancia prudencial entre los cuernos y el diestro. Ahora, esa distancia no existe, y, no obstante, se pide más, más... Parece que lo que quieren es que los coja el toro...

—No se crea, que hay algunos que van a ver si pasa eso.

—¿Qué barbaridad!

—Y, dígame: Fuera del ruedo, ¿ha percibido usted una influencia de lo taurino?

—Esa influencia, como mejor se nota es conduciendo un automóvil.

—No acabo de entender. ¿Es por los países que dan algunos rozando las aletas?

—No me refiero a eso, aunque también lo he notado, sino a la indiferencia heroica del peatón ante el bocinazo. No se inmuta. No cambia el ritmo de su paso. Ni siquiera vuelve la cabeza. Quiere demostrar que no tiene miedo. Yo lo atribuyo a su sangre torera. Y no le quepa a usted duda que es eso y nada más que eso.

Y el señor Ceballos se ríe después de estas palabras, en las que hay mucha realidad, mucho humor y mucha fina observación. Nos levantamos, y lentamente vamos juntos hasta la puerta. Allí estrechamos su mano y agradecemos sus palabras para nuestra Revista. Sus confesiones, que ahí quedan.

RICARDO ARMENTALES

El panteón de JOSELITO y su misterio

SEVILLA. Noche de julio. ¿Hay que añadir calor? Digamos frío. Frío en las almas sobrecogidas de miedo... Son los días tumultuosos de 1936. Sevilla arde en la noche estival. Arde San Marcos, y San Román, y San Gil... Nadie duerme en Sevilla.

En el oratorio de un gran torero retirado, blanco de azucenas, resplandece la imagen de la Virgen de la Esperanza, amada Virgen de los hombres que se juegan la vida entre la cresta y el sol. Como las Concepciones de Murillo, las virgenes de Roldán son Virgenes raciales, de la tierra... Así hablan mejor a la devoción cándida de la mujer y el niño... La Virgen de la Esperanza es la belleza sublimada de la mujer del pueblo; el arquetipo de lo humano en lo divino. Tal es la imagen morena y sevillana de la Madre de Dios, que hace decir al devoto macareno:

—¿No hay Virgen más bonita que mi Virgen!

La mujer del espada retirado, de rodillas ante la sagrada imagen, vuelve los ojos a la cara bendita de Nigrimas eternas, y pregunta, asustada, por su misma pregunta:

—¿Dónde estás, Santísima Virgen?

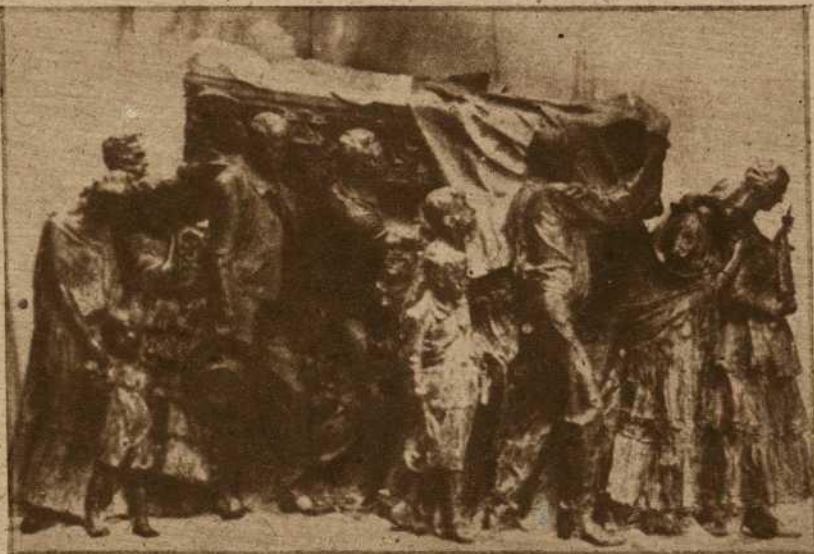
Y esta interrogación corre por toda Sevilla con el susurro, con el babiliseo, de un temor inexplicable:

—¿Dónde está?

La noche sevillana tiene un temblor de ametralladoras. Dondiegos y nardos perfi mar balcones y pretiles de azoteas. Mas, ¡ay!, también nos llega el oloz de la pólvora. Por las calles desiertas llegamos, con el alma en vigilia, a una fundición de hierro y bronce situada en la calle San Vicente. Las casas blanquean con un claror de luna pálida.

¿Qué buscamos?

Dentro de la fundición hay un taller de modelado. En este taller, y con una luz indecisa, unos hombres se afanan en una obra enigmática. Los dirige un recio



anciano, que tiene huellas faciales de una remota romanidad. Los operarios obedecen sus indicaciones breves y cortantes, con esa maestría peculiar del obrero sevillano. ¿Son obreros, en efecto? Antes parecen hijos del que los manda, por el esmero y ternura que ponen en la obediencia. El viejo se nos presenta entero; los muchachos —pues son jóvenes—, conmovidos. Tan turbados por el respeto a lo que hacen, que su actitud parece penetrada de un sentido casi religioso. Nosotros, que asistimos al trance como un medium a las nieblas astrales de un sueño hipnótico, sólo podemos decir que a través de sus hombros y cabezas vemos sus manos trabajar en una caja de madera que a ratos nos parece un féretro, y a veces una caja de maquinaria. Su interior está guateado y dispuesto como un envase, o mejor, como el estuche primoroso de una joya de gran valor exterior se refuerza con hierros y flejes de acero. Tiene también cuatro agarra-deras o asas de esparto. ¿Cuál es el destino de esta obra intrigante a tales horas y con tal misterio? ¿Se trata de la comisión de un delito? Esta sospecha nos asalta, visto el hueco de la caja, que afecta una forma humana... Pero nos des-convierne el modo delicado, de infinita unción cuidadosa, con que aquellos hom-bres ponen fin a su tarea.

¿Es, por el contrario, una obra de santidad?

Harto conocida es la silueta del grupo escultórico de Mariano Benlliure que representa el entierro de Joselito. Hombres y mujeres del pueblo llevan a hombros el féretro del infortunado espada. Son tipos de barrio, finos, raciales, macarillo-amente expresados por el gran artista. Su indumento es humilde y popular, sin gitanismo. Su actitud, concentrada y apesadumbrada antes por el propio dolor que por el peso de la preciosa carga. Así como en el mito griego aparecía la Esperanza, celeste ansiedad del hombre, al borde de la funesta caja de Pandora, así, en este grupo maravilloso, aparece al borde de la muerte la otra Esperanza, la de la fe cristiana, que lleva en sus manos pulcras una muchachita macarena con la imagen sagrada de la Virgen María.

Sobre el panteón del famoso torero se yergue este grupo, en el florecido ce-menterio sevillano. A favor de las sombras de la madrugada, el bronco de la escultura adquiere en su perfil humano un prestigio de vida impresionante. El grupo entero parece alentar... vivir... andar... Esta ilusión nos sobrecoge cuando la luna oculta su faz en la nube que para... Mas cuando reaparece, su luz blanca, lechosa, fija los contornos del monumento en su eterna quietud. La sombra mueve; la luz inmóviliza, identifica.

El miedo helado a las cosas muertas nos hace huir entre calles de sepul-cros; mas cuando vislumbramos la salida del cementerio, el ramalazo del terror nos sacude el alma en su cogollo... ¿Por qué? Porque a nuestro lado mismo, hu-yendo de la luna y buscando sombras de cipreses, pasa en silencio el grupo escultórico con su féretro a cuestas... La tremenda visión paraliza nuestro ser; pero nos atrae con ímán irresistible y la seguimos... ¿Adónde van esos hombres fantasmales? ¿Al punto de partida? ¿A restituirse a la línea perenne del mo-numento? Por asistir al milagro nos adelantamos pisando losos sepulcrales... Apenas rozamos los mármoles del mausoleo, un grito se nos escapa... ¡El grupo conmovedor que lo corona no se ha movido de su pedestal! Entonces... ¿qué sombras son aquellas que avanzan, avanzan, en el enigma de la noche?... ¿Es un entierro sobrenatural?... ¿Qué es? Nuestro corazón salta en la jaula del pe-cho, como un pájaro asustado... ¡Ya llegan!... ¡Ya están aquí! Una nube negra eclipsa la luna... ¿Qué hacen estas sombras de silueta humana?... Oímos el chi-rrir de una llave en la herrumbre de una cerradura... Al parecer, bajan un bulto pesado por la escalerilla del panteón... De pronto, el haz eléctrico de una lámpara de bolsillo alumbrá unas manos que agarran las asas de esparto de una caja de madera reforzada con flejes de acero... Esta momentánea revelación nos ilumina con la evidencia... ¡Ya sabemos lo que va dentro de la caja!

FEDRICO OLIVER

En pro del abaratamiento

Por JOSE CARLOS DE LUNA



PARECE que se inicia una campaña tendente a que se abarate el es-pectáculo nacional. ¡Ojalá cuaje en realidades! Pero se nos hace cuesta arriba creer en la eficacia de aprecia-ciones particulares más o menos sensa-tas. Se ha desbocado el lucro tan verti-ginosamente, que parece imposible re-frenarlo sin otro elemento que las voces.

Desde estas mismas páginas expusi-mos una y otra vez los que a nosotros nos parecen puntos neurálgicos del dol-or, y sin atribuirnos la paternidad de la idea, gozamos escuchando el coro. Y al coro vamos, que los gallos y des-afinamientos perturban y entorpecen la limpia concepción de la partitura.

Si la fiesta de toros se estima nego-cio, convengamos que no es malo y que meterse en él de coronilla ni su-

pone riesgo ni demasiado garbo. Sabido es que los negocios más prós-teros y felices son los fraguados cara a rumbos del dolor o de la frivo-lidad; y aunque cueste trabajo afirmar-lo, nuestra fiesta rebosa de la copa donde ésta se bebe a morros porque perdió la agradable aspercilla que tan bien se avino allá abajo a la caña de vidrio, y de Despe-ñaperros acá al jarillo boquino y al cuenco de raíz de aliso.

Es natural que brebaje tan costoso se sirva al que lo paga en copa murrina.

Parece difícil que las corridas de toros vuelvan por sus fueros de po-pular encanto. Se dejaron minar el terreno por otras fiestas donde la pasión encontró por menos precio campo ancho y largo, y a la vista están las consecuencias.

Ahora, dígame usted en qué argumentos de puro orden especulativo puede fundamentarse un cambio de postura. El torero dió de lado a los viejos alardes de su profesión vinculándolos en un justo aprecio de su valía como factor económico; el ganadero, desencajado tan a gusto de los antiguos conceptos que lo mantenían en casillero de bien sentida vanidad y sabroso amor propio, campa a su antojo estimándose neces-ario y al margen de entorpecedoras competencias; los representantes, modestos antaño y atentos a su afición sin blandengues ni demasiado interesadas actuaciones, parten peras hoy mano a mano con el que se juega el pellejo, dándose aires de amparadores y de *consejo de fa-milia*; los empresarios trazan el negocio sobre el mapa extendido en la mesa del despacho con la minuciosa competencia del que planea una operación político-militar, y el público —¡el pobre público!— apar-ta sus ojos de los colorinescos carteles con el gesto y el dicho de la zorra de la fábula, mientras los espectadores —cosa distinta a mi modo de ver— llenan todo lo llenable sin preocupaciones ni prejuicios, por-que la misma frivolidad que les desata la bolsa les venda los ojos, o por lo menos les pone ante ellos gafas casi calidoscópicas.

¿Qué remedio queda?

Uno solo, y *doctores tiene la Iglesia*: clasificar las Plazas como ya se hizo con los toreros; pero no sólo a efectos contributivos, sino velando por lo que a todos interesa.

Es un sarcasmo que por conservar como número fuerte de la feria la españolísima *corrida*, subvencio-nen los Ayuntamientos a promotores y empresarios, si luego el pueblo se engrosó sus arcas tiene que contentarse puertas afuera con las im-pertinencias del desfile. Bien está la atracción de forasteros, pero bueno es también que a los *nativos* llegue algo más que las migajas.

Ni es justo achacar a las corridas de Beneficencia el pecado del encare-cimiento de todas las demás, ni presen-tar al buen ganadero de hogaño como víctima propiciatoria de sus particu-lares conveniencias; porque ni un ut-ro puede valer tres mil duros, ni apio-lar un par de ellos, más o menos artís-ticamente, justifica el guarismo que eleva ciertos contratos a la categoría de documento de curiosa enjundia e impertinentísima publicidad.



VERRUGAS DE LA FIESTA DE TOROS

LOS ANTIPATICOS FESTIVALES

Por DON INDALECIO



CON remedio de aquél que aseguraba que nada humano le era indiferente, yo os puedo decir que nada de lo relacionado con la fiesta nacional me es extraño. Me entusiasmo, ante todo y sobre todo, la corrida en sí, desde que el presidente aparece en su palco hasta que las mulillas, enganchado a ellas el último toro, desaparecen por la puerta de arrastre; asisto, en cuanto me es dado, a las fiestas camperas con sus diferentes aspectos de herraderos, tientas, acosos, o, simplemente, capeos; reflexiono y hago mis consideraciones ante lo difícil que es ver cómo se ponen de acuerdo los representantes de cada cuadrilla en la formación de los lotes, necesidad previa para el acto del sorteo; asisto de vez en cuando, y procuro aprender con sus conversaciones, a las tertulias de toreros, ganaderos y aficionados de solvencia; alguna vez, sin directa responsabilidad, hice mis pinitos de empresario con la organización de funciones benéficas; y, en fin, para que nada en mi espectáculo favorito me deje un cabo por atar, leo lo legible y aun lo ilegible de la literatura taurina, de antes y de ahora, para que nadie pueda acusarme de ser un nuevo maestro Ciruela, aquel bendito señor que no sabía leer, pero abrió una escuela.

Sin embargo —no hay regla sin excepción—, algo hay en la fiesta que me saca de mis casillas, y calculad lo «descasillado» que estaré en estos tiempos, en cuanto os haga la confesión de que lo que merece mi repulsa es eso tan anti-taurino que se conoce con el nombre de «un festival». Si alguna vez un poder taurodictatorial viniera a dar en mis manos, el primer plumazo prohibitorio caería sobre el expediente de los festivales. Y en él dispondría: prohibición absoluta, durante los meses de marzo a diciembre, de toda contienda entre un becerro débil y un hombre de chaquetilla corta, en Plaza cercada y con taquilla abierta; y prohibición total, sin exclusión de mes, de actuar en semejantes festejos a los matadores de toros y de novillos que todavía se considerasen aptos para vestir ternos de luce.

me han escabullido por entre las regletas y los corondeles de la Prensa taurina de la pasada época.

Un espectáculo con infulas de corrida de toros en toda regla, pero con becerros famélicos, de pelos largos, sin casta alguna, ante una cuadrilla pródiga en guayaberas de dril, ehaqueto-



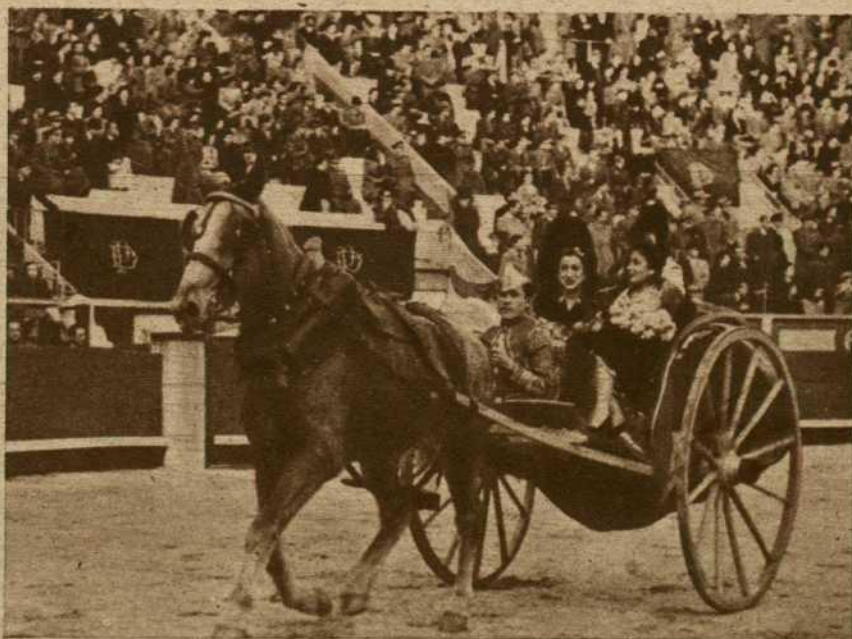
nes de coderas o americanas largas, para todos los gustos; una cuadrilla en la que no faltan, en los casos en que los festivales tienen mayores ambiciones en su organización, unos varilargueros que parecen escapados de los topes de un tren, quienes en su mal vestir hasta dejan al descubierto los hierros de la mona, es espectáculo —digo— que levanta los estómagos de los buenos aficionados, partidarios de una fiesta de toros sin trampa, por muy estimable fin benéfico que lo ampare y por exiguo rendimiento que la celebración del mismo deje. Exiguo he dicho y sé lo que me digo.

En muchas ocasiones —a la fuerza obligan— no tuve otro remedio que asistir a ellos y enjuiciarlos más tarde. Y ese juicio no fué nunca otra cosa que un ejercicio literario de funambulismo, con elogios para el benéfico fin, para el desinterés de los organizadores, para la belleza y distinción de las señoritas presidentas, para las gentiles amazonas que corrieron la llave, para el «buen gusto» de las banderillas de lujo, pródigas en floripondios, regalos de las

señoras de Tal y de Cual, con aplausos finales para los toreros que aprovecharon la ocasión de su apartamiento involuntario de las Plazas, y así «dejarse ver» en algunas de importancia, sin resultado práctico alguno, pues los «toreros de festivales» —y ésta es una nueva clasificación que debiera añadirse a los grupos de «especiales», «primero», «segundo», etc.—, con cortes de orejas y rabos en estos espectáculos de traje corto y de enemigo invisible, jamás tuvieron más tarde cabida en los carteles serios de las ferias grandes, siquiera sus ejercicios en un festival fuera de serie obtuvieran la calificación de una nota brillante.

Estamos en época de estadísticas y no estará de más lanzar al viento de la jetra impresa la importante cifra de cerca de ciento como festivales celebrados durante el año último, sin establecer siquiera el descanso en los meses activos de la campaña taurina, descanso que antes representaba, cuando menos, a la pudorosa hoja de parra que desvirtuase unos tantos la «infiltración». Ahora, no; casi puede decirse que en los meses buenos arrecia el temporal, y aun ciudades importantes, durante sus ferias grandes, incrustan alguno entre las corridas como máxima novedad. Digen: «Organicemos un festival, ¿qué mal hay en ello?» Y replican, ante las objeciones: «Estamos en invierno; no se perjudica a nadie; los toreros están ausentes o en descanso; en esta fecha y en esta Plaza no se organizaría ni una ínfima novillada sin caballos. ¿Hay mal, repetimos, en la organización de un festival?» Y como así se empezó, como excepción, sin aspavientos por parte de nadie, y entre lágrimas y suspiros de los organizadores, que os hablaban de los caritativos fines, hasta llegar al desbordamiento actual, momento será de que los propios toreros vuelvan a establecer limitaciones.

Me dejaría cortar algunos dedos de las manos si los propios toreros no declarasen que están ya un demasiado hartos de la organización de esta clase de espectáculos. Como prueba documental concluyente, antes de someterme a la extirpación digital, exhibiría carteles, muchos carteles de otros tantos festivales, llenos de parches y de remiendos.



ANTES DE COMPRAR
UN ARCA PIDA
CATALOGO A LA
FABRICA MAS
IMPORTANTE DEL
RAMO.

Sucursal en Madrid:
Ferrer, n.º 8

ARCAS GRUBER, S. A. - BILBAO



Arruza



Luis Miguel Dominguín



Domingo Ortega



Manolete

La temporada taurina en la Plaza de Toledo

Toledo. (De nuestro corresponsal, Demetrio Bousso).—La Plaza toledana, a setenta kilómetros de la primera del mundo, cobijó en su ruedo a las grandes figuras del torero que, por diversas circunstancias, estaban alejadas del circo madrileño, y también porque las Empresas, en competencia, ofrecían lo que la Empresa madrileña no lograba; todo ello hizo que el nombre de la Plaza de Toledo fuera unido siempre a las más destacadas efemérides taurinas.

Una ligera pasada a los últimos años del siglo pasado y los que van del actual nos trae en su tradicional y famosa corrida del Corpus, y en la fecha popular de la feria de agosto, los nombres de Mazzantini, Regaterín, Domingo del Campo, Dominguín, Pastor y Gaona, Gallito y Belmonte, Posada, Nacional II, Domingo González, Dominguín, Sánchez Mejías, Chicuelo, Marcial y Pablo Lalanda, Márquez, Cagancho, Villalta, Armillita, Domingo Ortega, el Estudiante, los Bienvenidos, hasta arribar a la pasada temporada con la actuación de Manolete y Arruza en dos carteles, cosa no lograda en la Plaza de las Ventas.

Todo ello sobrado para dar tono y categoría a esta Plaza, que no en balde fué siempre codiciada por las Empresas.

La actuación del "monstruo" y el "cyclón" fueron las notas destacadas de la temporada, brillante en calidad, organizada por el actual empresario, Nicenor Villalta, el popular ex matador de toros. Por dos veces, Manolete, Arruza y Parrita, pisaron la arena del ruedo toledano. La primera, en la tradicio-

nal corrida del Corpus, con seis bravos toros de Rogelio Miguel del Corral. Gran tarde la de los tres diestros, Manolete cortó dos orejas y rabo en su segundo; Arruza, cuatro orejas y dos rabos, y Parrita, una oreja. El público llenó la Plaza, agotando las localidades y buscándose éstas a precios jamás conocidos.

Este resultado artístico y económico decidió a la Empresa a organizar un mano a mano Manolete-Arruza

Plaza para solazarse con la lidia de seis pequeños toros de Galache, logrando Manolete otro buen éxito, con corte de oreja en uno de sus toros; Arruza, que cortó las de sus dos toros, y Parrita, que cortó las dos del último.

De estos doce toros lidiados, el de más peso fué el sexto de la corrida del Corpus, con 520 kilos en bruto, que mató Parrita, y el de menos peso el de Galache, con 195 kilos en canal, que también mató Parrita.

Y para que aun tuviera más categoría la temporada toledana, en el mes de julio se celebró la corrida de Beneficencia, que torearon Armillita, el "maestro" Ortega y Luis Miguel Dominguín, con ganado de Tovar. Ortega armó uno de sus grandes alborotos, cortando orejas en sus dos toros.

Armillita cortó la de uno de sus enemigos, y Luis Miguel demostró con dos toros sin condiciones de lidia su arte y sabiduría.

La tradicional fecha de la feria de agosto, ya queda dicho que las circunstancias obligaron a renunciar al cartel de categoría, y se celebró una novillada con los "ases" de este escalafón en esa fecha: Rafael Llorente, Niño de la Palma y Luis Redondo, con seis buenos mozos de Amador Santos, destacando la labor de Redondo, que cortó dos orejas. Esto es cuanto dió de sí la temporada en el ruedo toledano, que, por la calidad de sus carteles, puede compararse con las Plazas de máxima categoría. Pocos carteles, pero excepcionales; tanto como lo van a ser en la próxima temporada, que el Domingo de Ramos se inaugurará.



La Plaza de toros de Toledo

para el mes de julio, que no llegó a celebrarse por cogida de uno de ellos, corriendo igual suerte la anunciada para la feria de agosto con el mismo cartel. Pero la afición, Madrid y Toledo, esperaba nuevamente con deseo a los ases y éstos volvieron a Toledo el 7 de septiembre, en día laborable, volviéndose a llenar la

do, que cortó dos orejas. Esto es cuanto dió de sí la temporada en el ruedo toledano, que, por la calidad de sus carteles, puede compararse con las Plazas de máxima categoría. Pocos carteles, pero excepcionales; tanto como lo van a ser en la próxima temporada, que el Domingo de Ramos se inaugurará.

Niño de la Palma



Rafael Llorente



Parrita



Armillita



JULIAN MARIN, futbolista, torero y cineasta



Julian Marin, con la protagonista de «Aquel viejo molino», en el campo adonde fueron a rodar unas escenas



Ahora actúa en la película "Aquel viejo molino"

De los campos de fútbol pasó a los ruedos



Julian Marin explica a Rimoldi, Iquino y Agosti la manera de coger los trastos de matar

JULIAN Marin, revelado como figura y promesa grande para la próxima, es de los llamados a ser uno más en los primeros puestos del escalafón taurino. Muchas cosas afirman este juicio nuestro. El muchacho tiene arte, valor y afición.

Con esto se puede ser todo en el toreo. Con estas cualidades, precisas para llegar, Julian Marin completará definitivamente su carrera, ya triunfal en la anterior temporada.

Hoy, el navarro conoce esos obstáculos que tanto influyen en el triunfo o el fracaso. Y entregado de lleno a su nueva profesión, el Ciclón de Tudela, como fué bautizado a raíz de sus éxitos de Barcelona, intentará abrirse camino. Sueño noble, porque este navarro es todo corazón y hombría.

Esta firmeza de espíritu, este temple recio del navarro era en Julian Marin otro motivo de inquietud.

Fieras. La bravura de ellas le impulsaba a afrontar empresas muy difíciles. Era un apasionado de los tigres, los leones... Sin esto no vivía feliz, como tampoco lo hubiera sido en un alto cargo.

Hoy, sí. Ha encontrado en el toreo un motivo de aquietar su temperamento nervioso. Ya se enfrenta a las fieras... y siente un placer inefable cuando está en lucha con el toro. Por encima del arte y el bienestar económico, surge el hombre valiente.

Primeramente, empleado de oficina. Más tarde, jugador de fútbol profesional, en un equipo catalán de primera categoría. Y hoy, matador de toros y actor de cine, como última tentativa a su capacidad.

DE LOS CAMPOS DE FUTBOL A LOS RUEDOS...

Transcurría el año 1937. Muy joven aún, Julian Marin gustaba de torear, dada la amistad que le unía a dos toreros famosos por entonces: las hermanas Palmeño. De ahí nació la afición en Julian Marin, junto a que el apoderado de estas artistas le animaba a participar en festivales organizados en la guerra a beneficio de los Requetés.

Tudela no era región que impulsara a ser torero. Pero Julian Marin, que no ha parado ante los obstáculos que le surgieron en su carrera, se propuso ser torero, y lo consiguió! Aquellos intentos encontraron la colaboración de un buen aragonés, industrial de Zaragoza, don Luis Baquedano.

Este le ayudó muchísimo, y Julian Marin pudo así participar en infinidad de novilladas sin caballos. Organizaciones que fueron sirviéndole de preparación y que le animaban a escaparse de la Azucarera de Tudela, donde prestaba sus servicios.

Así comenzó la carrera taurina del diestro de Tudela, por el año 1937. Un motivo más de diversión, sin pensar jamás en ser matador de toros.

—Lo encontraba difícilísimo—argumentaba frente a nosotros.

El principio fué como algo de chiquillos, que no se piensa y, sin embargo, gusta de practicar. Algo así como una pillería más. A título de sport...

Julian Marin, como final de temporada, habla para EL RUEDO. Y remontándose a su principio en el toreo, va describiéndonos todas las luchas y satisfacciones desde que decidió vestirse de luces, pero ya en serio. Abandonó el fútbol, la oficina y cuanto estaba al margen de la fiesta.

Una ficha profesional de jugador de fútbol habla por sí sola de la habilidad que mostraba el paisano de los Arza, Ameztoy, Edera y demás que hoy figuran en los grandes Clubs. Y se truncaron los éxitos de un jugador de fútbol, dándonos una figura para la fiesta nacional. El Vallis fué su último equipo, cuando prestaba servicio militar en la región catalana.

Y en 1932 surge el novillero. Impetuosamente, con afán

de hacer rápidamente la carrera taurina. Su temperamento lo lleva a una lucha sin descanso. El nombre del nuevo torero navarro comienza a sonar con insistencia, por los triunfos que alcanza.

—¿Cuál fué el mayor?—preguntamos a Marin.

—Indudablemente, el de Valencia. De las treinta y cinco novilladas con picadores que despaché en este año, siete fueron en Valencia, seguidas. Y como detalle elocuentísimo de esos triunfos, cinco tardes sall en hombros hasta el hotel. Corté orejas, rabos... Un éxito grande.

—Luego, vino a Madrid?

—Sí. Pero con muy mala fortuna. Madrid aun no me ha visto triunfar... y créame que estoy preocupado. Mi ilusión, como la de todos, es Madrid; pero la fortuna no estuvo de mi parte. Y aquella tarde resulté cogido de gravedad.

¡Fué una lástima, porque al bicho lo tenía formado un lío... de bueno que era!

ALTERNATIVA Y REVELACION

—No cogí el sitio al año siguiente, ¿me comprende?

Julian Marin justifica la influencia que ejerce sobre el torero un percance de tales consecuencias. Eso fué motivo de que la temporada 1944 pasara casi inadvertida para el diestro navarro. En diez corridas, de las once, cortó orejas. Los empresarios se mostraban reacios a contratarlo, por la actuación gris de la anterior temporada, en que tomó la alternativa en Pamplona, de manos de Pepe Bienvenida, y de testigo, Manolete.

Hasta 1945 no surge la revelación de este valiente torero, que hoy es de los que reclama la afición. A su valor se une el arte. Y Julian Marin, embaldado y con firmeza en los ruedos, es la figura que ha de cajar la próxima temporada en el diestro de calidad.

Barcelona fué quien descubrió definitivamente a Marin. En las seis corridas que estoqueó, los triunfos respaldaron sus actuaciones. Y de allí llegaron los elogios más encomiásticos para el valiente mujetero.

No precisamos verter elogios en torno al navarro. En treinta y cuatro corridas cortó cincuenta y cinco orejas, diecinueve rabos

y una pata. Y como colofón, ocho tardes salió en hombros por la puerta grande.

—¿Menos en Madrid?

—Exactamente. Fué para mí la peor del año, y el público no terminaba de explicarse el corte de orejas en otras Plazas. Venía enfermo; pero todo lo supeditaba a la ilusión de confirmar la alternativa. Respalda mi afición con ese triunfo ante Madrid, que tanta influencia ejerce en nuestra carrera.

Cañitas y Morenito de Talavera fueron los triunfadores aquella tarde. Y la ilusión de Marin quedó para el futuro. Con el que sueña ya, a fin de alcanzar lo que el destino no quiso brindarle en el verano de 1945.

ACTOR DE CINE EN INVIERNO

Marin es inquieto. La inactividad es para el navarro un mal que lo ataja en cualquier momento. Y en el paréntesis de temporada a temporada hace cine. Como torero, porque su labor se limita a doblar el personaje principal cuando tiene que enfrentarse con la fiara.

Un motivo más de ilusión para Marin. Luchar, sin que el ambiente lo llene de ilusión. En pleno campo, al descubriendo... y sin el aplauso del aficionado.

«Aquel viejo molino» es el título de la película, dirigida por Iquino, que Julian Marin realiza junto a Rimoldi. Sin que la intervención del torero influya en el guión, al margen del ambiente de toros. Unas escenas camperas son motivo de exaltación en nuestras costumbres. Y la lidia de un becerro es toda la participación de Julian Marin.

—Sin meterme en líos —nos anunciaba—, porque yo no soy actor...

YO ME ENTERO SIEMPRE POR QUE ME COGEN LOS TOROS

Tanto se ha dicho sobre las cogidas, que Marin no quiere eludir tampoco el tema:

Por dos motivos, básicos, en la actuación del torero.

—El toro de hoy —decía Marin— coge, como el de antes. Dos cornadas gravísimas he tenido. La de Madrid y Baeza. Y pensé que no salía. Lo que ocurre es que el toro de hoy, con tres años, tiene más casta y sabe... ¡pero mucho!

—¿Las cornadas «quitan el sitio»?

—Indudablemente. El torero que sabe por qué le coge el toro, siente menos temor al reaparecer. Recobra pronto el sitio... Pero aquel que no se enteró nunca, ese está perdido. Se muestra temeroso, preocupado, intranquilo, realmente fuera del ambiente.

¡Yo me entero siempre...!

En diciembre despachó Julian Marin su última corrida. La número 34 de la temporada, con pérdida de ocho, por el grave percance de Baeza. La impresión era pesimista; pero desaparecido el momento de peligro, Marin surgió con el mismo brío. Sabía por qué le había cogido el toro, y podía enmendar el error en sus futuras actuaciones.

Hoy piensa ya en la temporada próxima. Las fallas de Valencia serán su primera actuación, y seguidamente, en Castellón, la corrida de la Merced.

Los contratos es augurio de una temporada brillante. Y esto le dará firmeza para superar la campaña anterior. En triunfos y actuaciones.

Fútbol y cine son sus distracciones del mes de enero. Y en el próximo, un entrenamiento, en Sevilla, para adquirir soltura de movimientos y fortaleza física.

—Una campaña dura preveo —dijo Julian Marin al finalizar la charla—. Este año disminuirán las corridas. Yo espero aumentarlas...—afirmó el diestro navarro.

JC SE CARRASCO

Pepi Gaos, protagonista de la película, con Julian Marin durante un descanso en el rodaje (Fotos Manzano)





EN 1924, Belmonte, que no había perdido el contacto con los toros, en tentaderos y festivales, se fué con su familia a veranear a Zumaya. Allí le hizo Zuloaga un retrato. Fué éste, en unión de otros amigos, quien pidió a Belmonte que toreara en un festival benéfico. Juan no supo resistirse. Pero los toros, que no entienden de estas cosas, proporcionaron a Belmonte un serio disgusto: una cornada de cierta importancia. Curándose estaba cuando llegó de Lima una invitación. Se trataba de festejar el primer Centenario de la Independencia del Perú, y allí querían que fuera Belmonte quien diera, taurinamente, altura al acontecimiento.

LA TEMPORADA EN LIMA

Belmonte llegó a Lima a primeros de noviembre. Toreó las siete corridas que llevaba contratadas, alternando con su hermano Manolo, Paradas y Gitanillo. También intervino Juan en el beneficio de Rafael el Gallo, que rondaba sin un real por aquellas tierras. La temporada, en conjunto, fué un éxito para Belmonte. Cuando tomó en Nueva York el barco para regresar a España tenía hecho el propósito de volver a la práctica activa del toreo.

PAGES

En Lisboa se encontró Juan al pobre Eduardo Pagés. En varias ocasiones habían tenido ocasión de tratarse. Pagés era un furibundo partidario de Juan. Y Juan apreciaba mucho a don Eduardo. Este propuso una fórmula económica que gustó al torero, y uno y otro sellaron el contrato —de varios millones de pesetas— con un simple apretón de manos. En adelante, don Eduardo fué el único empresario de Belmonte.

Aquel año —1925— comenzó Belmonte su temporada entrenándose convenientemente, allá en su cortijo



de La Capitana. Pero seguramente el exceso de preparación le acarreo una debilidad tan grande que sus lieres y amigos se alarmaron. El doctor Marañón le escribió una carta en el asunto y aconsejó a Juan una temporada de reposo. En el estado en que se encontraba, una cornada podía ser fatal. Pero Belmonte no hizo mucho caso y siguió toreando. Durante la semana se pasaba el tiempo acostado, y el domingo, tan pronto como terminaba una corrida, volvía a la cama. En el ruedo economizaba energías, sin moverse apenas. El toreo así resultaba mucho más impresionante.

Durante las temporadas 1925, 1926 y 1927, Belmonte continuó su lucha con los toros... El público, sin embargo, mostraba al diestro cierta hostilidad. Muy pocos creían que Juan toreaba porque la afición no le dejaba apartarse. El que menos suponía que Belmonte desahogaba su nombre y meterse en el bolsillo unos millones más de pesetas. Al finalizar la temporada 1927 Juan resultó cogido en Barcelona. Fué un cornalón grande en el muslo, y Belmonte se pasó en la clínica una buena temporada. Cuando salió, los íntimos volvieron a pedirle que se retirase. Y Juan —que no quería contrariar más a su mujer y a sus hijas— se apartó de los toros.

El tiempo fué volando sobre La Capitana y sus alrededores... Juan se sentía contento en aquel ambiente campero, entre las preocupaciones de la cosecha y las cuidados de su ganadería. Porque Belmonte tenía ganado bravo desde hacía algún tiempo.

COMO SE HIZO BELMONTE GANADERO

Quando en 1921 Belmonte decidió, después de una triunfal temporada en Lima, retirarse de la fiesta, se fué a vivir a La Capitana, a gozar del bienestar que había conseguido en diez años de torero. Juan se hizo el propósito de huir de todos los recuerdos taurinos. El que nunca había transigido con exteriorizaciones castizas que había sido uno de los primeros en usar coletilla pizca, que prefería el flexible al sombrero de ala ancha, acentuó por entonces su indumentaria de señorito. La ciudad iba con «trinchera» y pipa. En el campo desfilaban los zahones e impuso los «breches». A Juan no le vez se le veía en los toros. En cambio, comenzó a frecuentar el fútbol, el cine, el bar... Pero la verdad es que la procesión iba por dentro, y que Belmonte, por más que hacía, no se olvidaba de su vieja afición. El mismo ha dicho que se pasaba las tardes dando vueltas por el cortijo, sin pensar en otra cosa que volver a los toros.



Fué entonces cuando un amigo de Méjico le encomendó la compra de una punta de ganado bravo. Cuando ya Belmonte había adquirido las reses, dificultades de índole diversa demoraron más de la cuenta el embarque de la vacada. Juan arrendó una dehesa —en plena serrañía de Ronda— y llevó al ganado a pastar allí. Fué así como provisionalmente quedó convertido en ganadero. Con la garrocha al hombro, corriendo detrás de los torillos, Belmonte encontró en este deporte tan español un sustitutivo del toreo. Desde luego, este oficio era, para él, mejor que el de simple Labrador. Cuando por fin embarcó las reses de su amigo, ya Belmonte se había aficionado demasiado a la ganadería. Y se hizo definitivamente ganadero.

LAS LUCHAS SOCIALES EN ANDALUCIA

Las perturbaciones sociales y políticas que trajeron consigo la caída de la Dictadura del general Primo de Rivera, repercutieron bien pronto en el campo de Andalucía, bien trabajado desde antiguo por las propagandas anarquistas. En 1930, a la vieja doctrina de Bakunin, se sumaron las predicaciones comunistas. Cuando el 14 de abril de 1931 se proclamó la República, lo que menos esperaban los campesinos andaluces era el reparto de la tierra. Juan Belmonte se vió entonces, como todos los que poseían tierras en España, frente a dificultades y molestias... Realmente, él no tenía ninguna significación política, y hasta puede decirse que gozaba de cierto prestigio a los ojos de aquellos rebeldes. Al fin y al cabo, Belmonte había ganado su dinero con exposición indudable de su vida —no la había heredado, que era lo que enojaba a los marxistas— y además su figura gozaba de una aureola popular y simpática. Sin embargo, su finca no fué respetada. Comenzaron los robos de aceituna, los hurtos de ganado y las amenazas.

Un día estaba Juan en Quintillo, la finca de Anastasio Martín, cuando fijó su vista en un reguero de gente que iba y venía por un camino próximo.

—¿Qué pasa? —preguntó.
—Son gente que viene a llevarse la aceituna.
—Pero si todavía no ha empezado la recolección...
—Y a ellos qué les importa eso. Vienen sencillamente a llevárselas por las buenas o por las malas. Son ladrones...
—¿Y qué hacen con la aceituna robada?
—La venden... Mejor dicho, la malvenden en las taber-

nas del pueblo. Como es robada, no les dan más que quince céntimos por kilo...

—¿Y cuánto piden al dueño por hacer la recolección?

—A real el kilo...

—Pues puede hacerse un buen negocio —argumentó Juan— si se les compra a veinte céntimos. Ellos se ganan cinco por kilo y nosotros nos ahorramos otros cinco...

Las palabras de Belmonte saltaron a la Prensa de toda España. Fuera de nuestras fronteras se comentó también. Y esto, naturalmente, molestó a los propagandistas rojos, que no tardaron en afirmar que Belmonte era fascista. Para ellos no había término medio. Ellos no podían comprender que el propietario de La Capitana no era más que Juan Belmonte...

INCOMPRESION

Para colmo de desdichas, por aquellos días la mujer de Juan hubo de marchar a Suiza para reponer su salud.

Cuando se supo, también los Sindicatos metieron baza en el asunto.

Porque «aquellos» era un lujo intolerable.

Uno de los colonos de Belmonte le citó un día a juicio para revisión de renta.

Lo único que aquél alegó contra Juan fué precisamente eso: que debía rebajarle el precio de la renta, «porque estaba tirando el dinero alegremente en Suiza...».

Fué una época de incomprensión que aspiraba a ahogar al fenómeno trianero.

Era la lucha del ambiente, que siempre intenta hundir al que se coloca arriba. Sin importarle a nadie cómo consiguió llegar hasta allí.

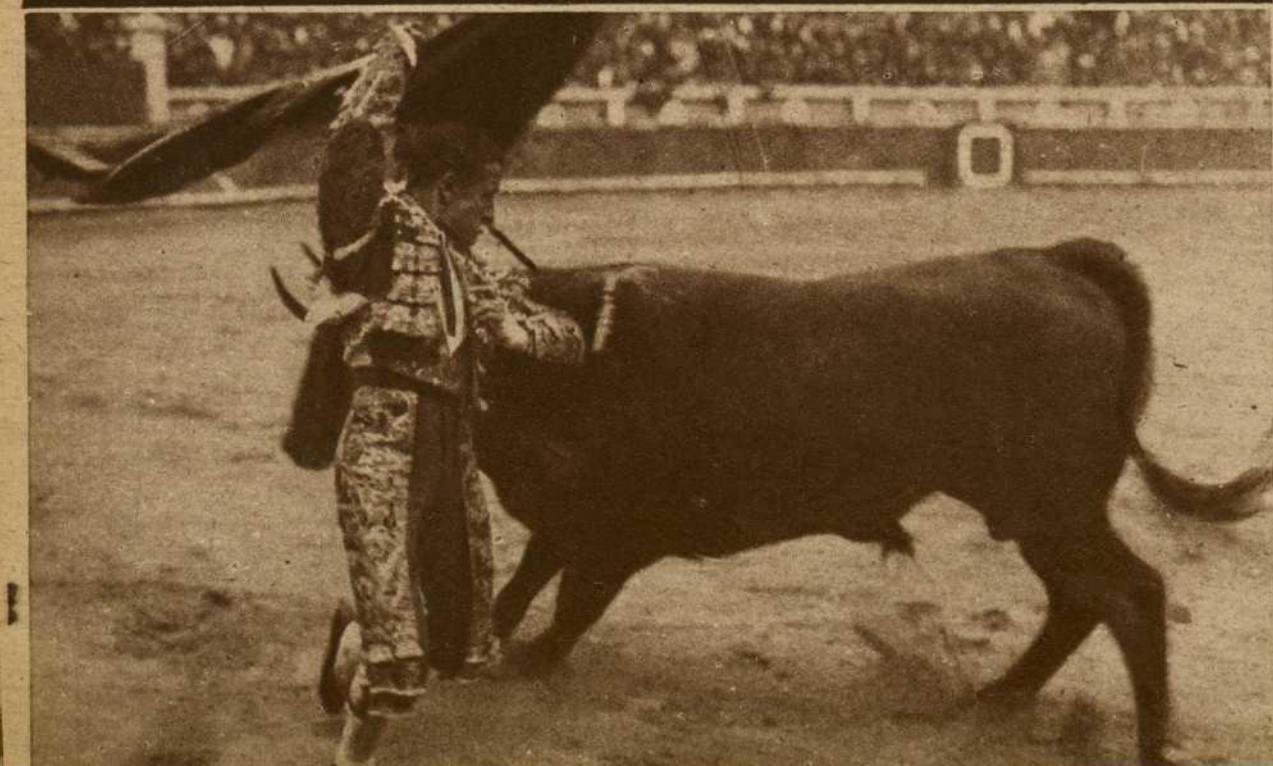
FRANCISCO NARBONA



JUAN BELMONTE

Breve bosquejo de la vida de un hombre extraordinario y famoso.

Un clásico atarolado de Juan Belmonte durante sus años de vida torera, plenitud de triunfos



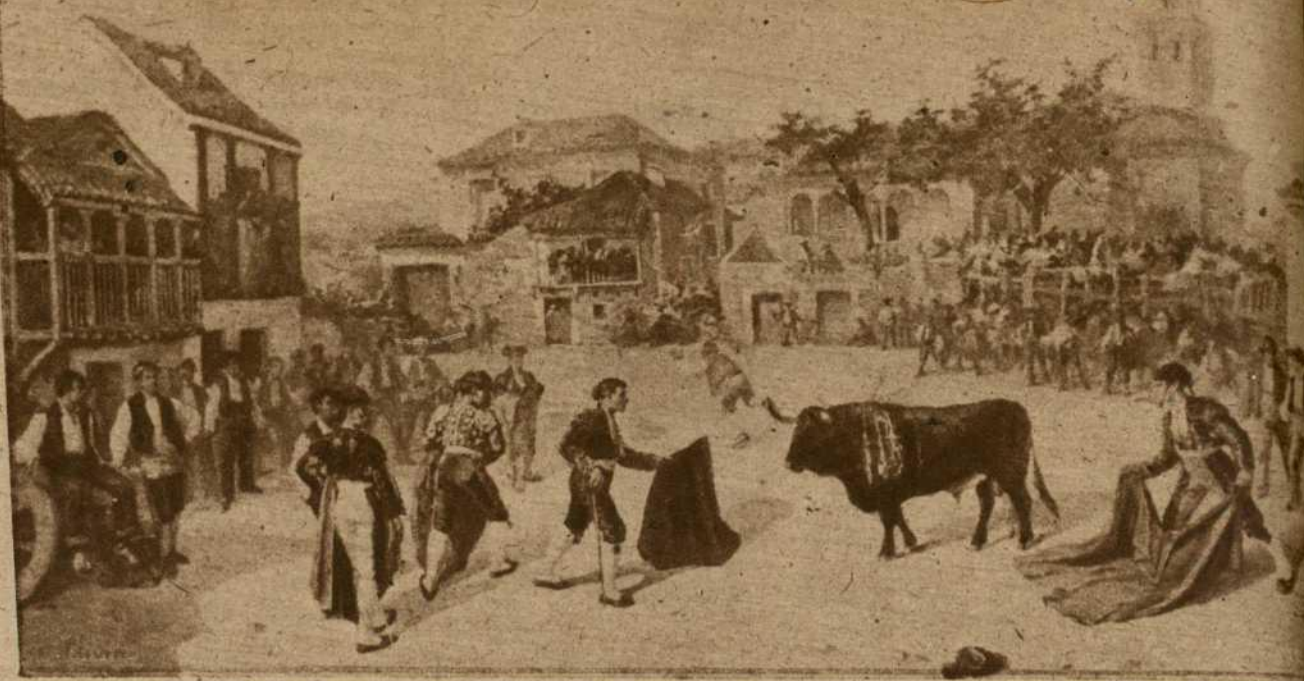
VIII LA VUELTA DE JUAN A LOS TOROS. - PAGES, EMPRESARIO DE BELMONTE. - LA COGIDA DE BARCELONA Y SEGUNDA RETIRADA DE JUAN. GANADERO DE RESES BRAVAS. - LAS LUCHAS SOCIALES DE LA REPUBLICA

En campo abierto, el fenómeno de Triana torea, sin la preocupación de los públicos, a su gusto



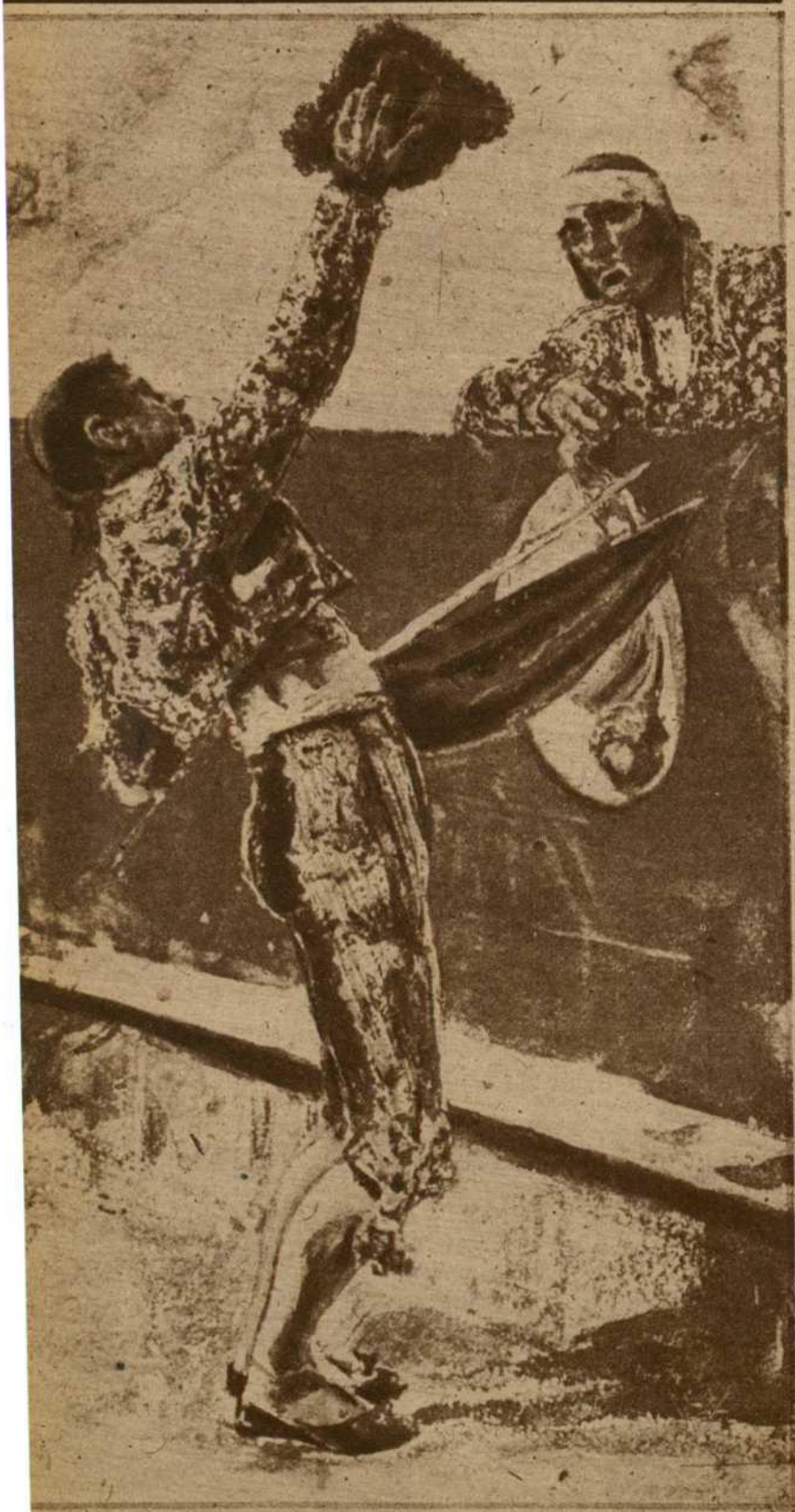
EL ARTE Y LOS TOROS

LA PINTURA, LOS PINTORES Y EL CLASICISMO ARTISTICO DE UN SIGLO



«Corrida de toros en El Molar», interesante lienzo de Ruiz de Valdivia realizado en 1896, que recoge una de las facetas costumbristas de la época

«El brindis del espada», obra de Villegas, uno de los pintores más característicos del siglo XIX



SE ha hablado infinidad de veces, acaso con demasiada e injusta insistencia, de la decadencia artística del siglo XIX, quizá porque se atribuía también a las Bellas Artes, al espíritu alentador de la producción pictórica, el acusado matiz declinante que predominaba en el ambiente político-social de la época que comentamos. No hay duda que la vida española cambia y se modifica al mediar el siglo XIX. Una corriente que se dice innovadora, que afluye del Centro y Este de Europa, introduce en nuestro país el ansia de nuevas directrices, deprimiendo el ánimo, maleando el ambiente y restando al individuo el espíritu heroico y voluntarioso de que dió buenas pruebas el pueblo; precisamente al iniciarse el siglo. Si es verdad que es palpable cierta abulia o dejadez colectiva; pero el arte, superior y por encima por sus valores eternos de las directrices políticas, fecunda las ansias creadoras y da su fruto en una producción tan numerosa, tan característica como interesante. ¿Es que vamos a atribuir al siglo XIX la decadencia total y definitiva de las artes plásticas? No. La decadencia no surge inopinadamente. Se inicia con lentitud a lo largo y a través de todo el siglo XVIII, por las ideas volterrianas y enciclopedistas, que rompen, estallan florantes el 1830, marcando ya ayer y hoy la decadencia que comentamos. Decadencia que había de observarse tanto en pintura como en literatura, que ya no respondió a los luminosos caminos que trazó nuestro nunca bien ponderado Siglo de Oro.

Se habla en la época presente con cierto desdén condescendiente para la pasada, como si nosotros pudiéramos alardear, enorgullecernos, de una maestría deslumbrante y hubiéramos hecho retornar al arte a aquellos tiempos magníficos e incommensurables de un Greco, de un Goya o de un Velázquez. Nunca se pintó tanto y tan malo como en los tiempos que corremos; y si nuestros valores maestros y señeros siguen en la buena pintura y espíritu que engendró sus mejores y museales obras, la influencia más se debe a los residuos creadores que alentó el fenecido e inmediato siglo que a las sugerencias e insinuaciones que le diera el disparatado que vivimos.

Picasso rompe un día el fuego de la revolución pictórica y en sus filas bien pronto se agrupan los que sienten más o menos sinceramente el deseo de renovar la unidad. Surgen los snobistas de hogaño, más pendientes en llamar la atención que de producir una obra renovadora, y, claro está, de esta mentira pictórica se salvan solamente los pocos que con una emoción sacan a la paleta una vistosidad colorística, que sabe de las excelencias de la buena pintura, en lo que atañe y se refiere a la composición y al espíritu que debe alentar y presidir toda obra de arte. La verdad, la auténtica verdad, es que, acaso afortunadamente, los pintores del XIX que quisieron encauzar el arte por nuevos derroteros no hicieron sino consolidar los viejos moldes cuando suponían revolucionar la pintura, que sólo cambió en lo referente al tema, ese sí, del que no pudieron sustraerse o emanciparse, porque a todo artista o escritor le es difícil escapar a la influencia predominante del ambiente. El tema histórico, el religioso y el de costumbres adquiere preponderancia sobre todos y la tan cacareada revolución de que alardeaban nuestros pintores de la pasada centuria queda sellada solamente en lo que atañe al asunto más que a la técnica. Más tarde, con la aparición de las escuelas futuristas y vanguardistas, con el paso del tiempo y de la evolución, lo que fué ayer rebeldía se convierte en clasicismo y lo romántico viene a caer o a clasificarse precisamente en el estilo o en la división de la que con no pocas altisonantes alharacas, pretendía alejarse. Porque el clasicismo nace precisamente, para nuestros pintores del siglo XIX, en la Academia Española de Bellas Artes de Roma, hacia donde había la buena costumbre de enviar pensionados a los artistas jóvenes entusiastas y prometedores, en su fiebre creadora, de una rica, auténtica, perdurable y valiosa producción artística. Hoy, por lo general, lamentablemente, nuestros pintores jóvenes, la moderna generación artística, educa su sensibilidad al estilo roussonian, frente a la Naturaleza viva, o, lo que es peor, frente al cursi y resobado «bodegón» o a la carente emoción de la pobre y socorrida «Naturaleza muerta». Quede, por tanto, patente nuestra romántica defensa de la obra pictórica del siglo XIX, sin desdeñar, claro está, la recia producción alentadora de los viejos y jóvenes artistas, auténticos valores, que son gala y blasón de nuestro tiempo.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

Para el escultor IGNACIO PINAZO no fué mejor cualquier tiempo pasado

El Guerra, hoy, sería un fracaso



EL PARO FORZOSO

LOS periódicos se han ocupado estos días de don Ignacio Pinazo, el ilustre escultor, nacido en esa tierra tan pródiga en artistas que es Valencia. No ha sido con motivo de ninguna de sus obras. Tampoco se trata de que acaba de obtener un nuevo galardón. No. Esta vez Pinazo ha salido en las columnas de la Prensa en la Sección de accidentes, que en los días de nieve ocupa un espacio bastante importante. La otra mañana, el escultor resbaló y se fracturó una pierna. Ahora está con ella escayolada junto a la mesa de camilla, a la vista de la obra recientemente empezada, cuyo barro se seca poco a poco. Tiene Pinazo para varias semanas. Un descanso forzoso en su vida de trabajo

infatigable, en su fecunda actividad artística. Hijo de un pintor famoso, hermano de otro pintor también célebre, Ignacio Pinazo sigue la tradición familiar, si bien él haya derivado de la pintura a la escultura, en la que tantos y merecidos triunfos ha obtenido.

A LOS TOROS, CON REBAJA

Como su padre y como su hermano José, Ignacio Pinazo es un excelente aficionado a los toros.

—¿Desde cuándo?

—Desde que era un niño. ¡Como que yo he alcanzado a ver a Lagartijo en sus últimos tiempos! Con que fijese usted... Y, desde luego, he visto toda la época del Guerra. Cuando yo era chico, iba a la puerta de la Plaza, en Valencia, a esperar que empezara la corrida. Allí, los revendedores, después del primer toro, saldaban las localidades que no habían podido vender. Así yo he visto, comprando a la baja las entradas, corridas magníficas por cinco reales, y hasta por dos, cuando las cosas venían mal para las reventas.

LA PARTE MOLESTA

—El que era buen aficionado —sigue ahora Pinazo— era mi hermano. Guardaba muchos recuerdos, y entre ellos, entradas de todas las corridas a que asistía; entradas que yo enseñaba a mis amigos diciendo que eran mías, para presumir. Cosas de muchachos, claro... A mí, los toros me han gustado siempre más que ningún otro espectáculo. He ido

mucho, mucho... En estos últimos tiempos, menos.

—¿Por qué?

—Por el público. Es decir, por un sector del público muy molesto, que impone su criterio y su impertinencia, que quema los trajes, que empuja, que quiere que los demás se supediten a su opinión, y que es, en definitiva, una prolongación de las incomodidades del viaje en "Metro" para ir a la Plaza. A mí, lo que más me fastidia es que me toque al lado un espectador "inteligente", de esos que pregonan a voces su supuesto saber taurino. Como uno se ha resignado a no ser inteligente en esto de los toros, pues muchas veces, ante el peligro que le digo, prefiero no ir... El espectador más típico de esta clase me tocó a mí en una corrida en que toreaba Vicente Barrera. A Vicente no le salían las cosas bien, y aquel bárbaro le dirigió esos insultos que sólo se oyen en las Plazas, salidos de la inmunidad del tendido. De pronto, Barrera hizo cambiar las cosas y se puso a hacerlo todo de manera insuperable. Y era de ver al espectador, que le acababa de ofender tan gravemente, elogiándole también a gritos estentóreos. ¿Usted cree que es serio?

—Los toros, la pasión...

—Sí, sí. Y la poca educación de algunos.

LA SOLERA VALENCIANA

El incidente de Barrera le llegó a Pinazo muy a lo hondo, porque nuestro escultor admira a los toreros de su tierra.

—No es que Barrera haya sido una figura cumbre, pero sí un torero muy bueno, que ha seguido la línea de los diestros de Valencia. Desde los Fabrilo, muertos trágicamente, hasta el actual Choni, el torero levantino, ha dado siempre la nota de dignidad, de honrra, de amor propio. Con la excepción en más de Granero, que además de tener lo que los otros, fué un poeta, el Bécquer del toreo... ¡quién sabe a qué cimas hubiera llegado Manolo! Pero su vida, como la de los Fabrilo, estaba marcada por un signo de tragedia...

TIEMPOS Y TIEMPOS

—Usted será, supongo, un partidario de otros tiempos...

—Se equivoca, amigo mío. Yo no dejo de reconocer el mérito del toreo de ayer; pero entiendo que hoy se torea mejor que nunca. Hay arte, mucho más arte. Antes se estimaba más la estocada que la faena, y eso puede explicar muchas cosas. "La estocá o la corná", decían. Le voy a decir algo de lo que no se ha atrevido todavía ningún aficionado de mi edad. El Guerra, hoy, sería un fracaso.

—¿Don Ignacio!

—Como lo oye. El Guerra era habilidad, experiencia, conocimiento... y un poco de circo, con aquellas suertes que ya no se practican. Ahora se torea con cabeza y con arte, con un estilo depuradísimo. Y es posible que con más picardía y menos exposición. Un torero muy fino y completo fué Fuentes. Del Guerra a Fuentes hay ya una considerable diferencia en el modo de hacer y entender el toreo.

EI CAPOTE DE PASEO

—¿Qué prácticas taurinas ha hecho usted?

—Una vez tan sólo, en una becerradita, en Va-



lencia. Mi madre me confeccionó un capote precioso, y yo, para que no lo estropeará el bicho, preferí actuar de corista, dispuesto a no arriesgar una capa tan preciosa. Salió ese amigo, posible figura, que es el "as" de estos festejos, y yo me quedé embobado ante lo bien que lo hacía. Tan embobado, que no me di cuenta de que el becerro se fijó en mí, y despreciando el arte de mi amigo, me dió una paliza que me tuvo ocho días en cama. Después de lo cual no volví a sentir ganas de repetir.

LO QUE SALE DE LOS PETOS

—¿Usted es también contrario a los petos?

Sí, soy enemigo acérrimo de ellos. Ese armario ropero que se les pone a los caballos es mucho más antiestético que cualquier otra cosa. En los toros sobra la literatura, el falso sentimentalismo. El arte tiene siempre algo de brutal, que es inútil querer soslayar. Y ese espectáculo de ver salir de los petos reventados sábanas, medias, algodones, zapatillas viejas, etc., no puede ser más desagradable.

—¿Y le añadiría algo a la fiesta?

—Está bien como está, en el ruedo. En los tendidos le añadiría una perfección en los públicos y que se acordaran menos de las cuentas corrientes de los toreros.

BELMONTE Y SU PERSONALIDAD

—¿Ha influido su afición taurina en su arte de escultor?

—Directamente, casi nada. Sólo recuerdo haber hecho hace muchos años una cosa de Belmonte. Pero se perdió la obrita, y hasta las fotografías que se hicieron de ella. ¿Cualquiera sabe dónde habrá ido a parar!

—¿Es que fué usted admirador de Juan?

—Ya lo creo. ¡Admirador y entusiasta! Belmonte fué... un caso. Que Joselito estuviera bonito toreando, era natural, puesto que le acompañaba todo. Pero que lo estuviera Belmonte, era algo portentoso. Aquel hombre, tan desgarrado físicamente, se transfiguraba frente al toro y revolucionaba todo un sistema planetario del toreo. Es que llevaba dentro lo más preciado en un artista: su gigantesca personalidad, tanto más atractiva cuanto más extraña y sorprendente...

El problema de las reses bravas alcanzará su máxima gravedad en los próximos años 1949 y 50

El hall de este hotel madrileño es recogido, íntimo. Sus paredes, con un papel oscuro, hacen resbalar las pausas hasta el silencio. Se está mucho mejor así en esta estancia recogida y tenuemente iluminada. Recostado en amplia poltrona, don Antonio Pérez de San Fernando juega con su cigarrillo en silencio. Dejamos correr el tiempo. Con un poco de voluntad, podríamos imaginarnos a don Antonio, al anochecer de un día cualquiera de invierno, en su casa cortijera de Salamanca, al calor de la lumbre, con la mirada quieta, mientras su mano derecha iba marcando sus palabras. Podríamos adivinar también que hablaban de la fiesta. Junto a él, algunos recogerían su lección, y alguien, más atrevido, preguntaría:

—Usted, don Antonio, ¿cómo cree que va a ser la fiesta la próxima temporada?

Don Antonio dejó de jugar con su cigarrillo y dejó correr el tiempo. Al rato, contestó. Sus palabras llegaron suavemente. Sin levantar la voz, dijo:

—¿La verdad, la verdad?— Con un ademán cortó nuestra protesta y añadió:

—Pues bien: los toros serán mucho más chicos y costarán más dinero.

No pudimos ocultar el asombro.

—Es que se decía, don Antonio...

—Lo sé; pero lo que se dice no es suficiente para colmar los prados ni para encontrarse con el pienso necesario. La alimentación de los toros, de momento, es

Don ANTONIO PEREZ dice que los toros serán más pequeños



Don Antonio Pérez de San Fernando, bien arropado en su capa parda, pasea por el Prado



El ganadero salmantino y el actor Manolo Morán lloran de toros en un rincón lleno de recuerdos

artificial, amén de que es insuficiente.

—¿Imposible abaratar la fiesta?

—Oh! Qué mal suena ese imposible, ¿no lo cree así?

—Sí, sí; pero no refleja exactamente la pregunta?

Don Antonio se sonrió.

—Le voy a contestar llanamente. Antes le dije no. Y ahora le voy a decir por qué no creo en ese tanto y llevado abaratamiento. Todo el mundo sabe que todos los días están reunidos los empresarios, buscando el medio de abaratar la fiesta. En el fondo, el propósito es ideal; pero es ingenuo. Resulta que ahora se quiere abaratar la fiesta, a costa de los toreros y de los ganaderos. Todos nos señalan. Y mientras se nos discute, las Empresas, por su parte, siguen, día a día, pagando cifras astronómicas por las Plazas. Se paga tanto dinero, que muchas Plazas, aun las mejores de España, producen mucho más de renta que lo que costaron edificar. Claro que mientras esto se olvida, quedamos los ganaderos y los toreros en canchero. ¡Qué fácil es abaratar las cosas a costa de los demás! De todas maneras, no jugamos con el tópico. Y vuelvo a repetirle que este año los toros les costarán mucho más, que serán más pequeños y encima que no se podrán servir todos los que desean. El problema ganadero es grave. Actualmente, faltan los toros, y tendrían que venir dos o tres años de normalidad en los piensos para que el mal se remontase con fortaleza. Llegará un tiempo peor, allá por el 49-50, en el que se podrán lidiar unas treinta corridas.

—Y el espectáculo, ¿cómo lo ve usted?

—Mal. Los toreros, cada día son más cortos; los toros, cada vez más blandos, y los billetes, cada vez más caros.

—¿Es usted muy pesimista, don Antonio! ¿Quizá decepción?



Un gesto del ganadero salmantino en sus declaraciones para EL RUEDO



«Los toros serán más chicos y costarán más dinero», nos dijo



«Cuando se habla de abaratar la fiesta, sólo se recuerda a los toreros y a los ganaderos»

que la próxima temporada será más cara y costarán más dinero

No se puede hablar de abaratar la fiesta, cuando las Empresas pagan por el alquiler de las Plazas más de lo que costaron construir las



La charla sigue en la calle, sin temor al frío, y ahora es Manolo Morán el que apunta el tema.



Firme el paso, erguida la planta, don Antonio es esa eterna juventud del hombre que ama al campo.

—Es posible que, como simple aficionado, sea un decepcionado. Pero esto nos ocurre a muchos, porque, la verdad, amigo mío, ¿qué aficionado es ese que no tuvo la desgracia de ver que todos los toros que se lidian no son negros? ¿Que cumplen fácilmente con los caballos y se caen al segundo puyazo? Esto es cierto, como no es menos cierto que todos los toros se dejan hacer al teléfono y que ninguno salta la barrera.

Titubeé al hacer la pregunta. Hubo un momento que pensé callarme; pero don Antonio, con una sonrisa, me fué empujando...

—¿Qué pensaba usted?

—Si alguien será culpable...

—Con todos los respetos, estimo que el culpable es el que paga.

—¿El público?

—¿Por qué negarlo? Sí; el culpable es el público. Generalmente, el público, en la calle, prefiere al lidiador; y repudia al torero que hace la estatua; pero en la Plaza es diferente. Grita al lidiador, y sólo desea ver al torero que se para, haciendo la estatua. Y mientras le aclama, todo va bien; pero luego discute y pide lidiadores. Si esto fuese verdad, si los maestros lidiadores entrasen en sus sinceras devociones, sus toreros preferidos, y, por tanto, los más solicitados, serían Domingo Ortega y Pepe Bienvenida.

—¿Entonces...?

—Mire usted; no es menos cierto que el público está

encantado con la fiesta, tal y como está. Si mi apreciación vale para algo, puede usted decir que yo me aburro mucho, y que antes me divertía más.

—Y usted, don Antonio, ¿cómo explica que en estos últimos tiempos se lidien to-

ros de media casta y moruchos? ¿Cómo ustedes, los ganaderos, toleran esto?

—Los matadores no se han preocupado en este sentido, buscando la pureza de sangre de las ganaderías.

—En definitiva, ¿el problema es agudísimo?

—Si le digo que muchas dehesas no van a costar lo que rentan de contribución, usted se dará una idea aproximada del problema.

—¿Cada año, menos festejos?

—Exactamente.

Don Antonio Pérez de San Fernando consulta su reloj. Hablando, hablando, había pasado el tiempo. Sin decirnos una palabra más, nos levantamos.

En silencio estreché su mano.

En la penumbra de la estancia, la figura de don Antonio destacó notablemente.

Recio, anguloso, el famoso ganadero traía en su sonrisa y en su estampa el aire de sus dehesas.

Podíamos imaginarnos su cortijo de Salamanca.

Muchas gracias, don Antonio.

CRUZ ERNESTO FRANQUET



«Ahora me divierto muy poco en los toros. Que es todo lo contrario de lo que me pasaba antes»



«El público está entusiasmado con la fiesta tal y como está en la actualidad»



«La temporada del 49-50 será la temporada más difícil para el ganadero.»-(Fots. Manzano)

RUMORES Y NOTICIAS



SE ha llegado a la cima del invierno. Se escribe esto contemplando cómo cae la nieve a través de la ventana, tiñendo de blanco un paisaje que se nos antoja tan hiperboreal como antípoda del que tan bien cuadra a las corridas de toros. Y se escribe también pensando cómo desde la cima de las nieves invernales ya se otea la primavera, y las Plazas abiertas un poco más allá, tras el preludio de tientas, fiestas camperas, noticias, bulos y alistamientos de la peonada y de los de "a caballo". Todo eso se ve desde aquí: se ve el clima, y hasta en el almanaque nuevecito se recortan en rojo las fechas tradicionales. Se columbra qué va a ser, pero nadie sabe "cómo". Porque la verdad es que no se ha resuelto ni una sola de las premisas que en el paréntesis se han revelado amenazadoras para la fiesta.

Nada resuelto sobre la entidad del ganado de lidia; ninguna resolución sobre el problema del planteamiento económico de las corridas; nada de la consolidación de las novilladas. Ninguna noticia estabilizadora en un patrón concreto, tras la calma de unas Navidades, sólo cruzadas por la noticia del convenio Arruza-Puchades, del que hemos brindado amplísimo comentario, y que, tras de los repetidos alertas, vamos a silenciar hasta ver lo que la realidad nos trae. En la última crónica hube de

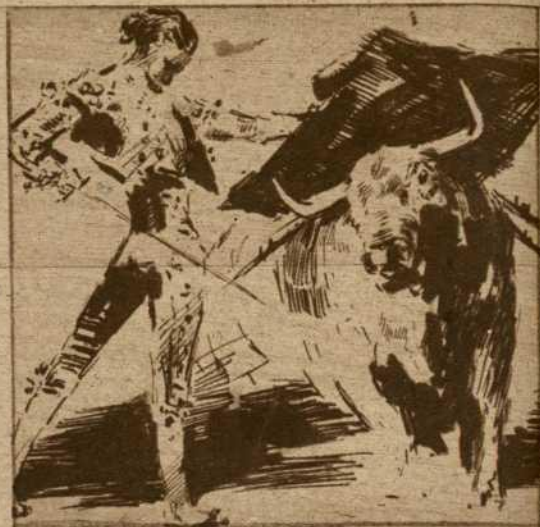


referirme a su falsedad o a su inexistencia. Por lo menos, a su inconcreción. Ya se sabe que en el toreo las fuertes ganancias, y aun la escasez de ellas, se velan siempre en una bruma, no callando, sino exagerando en más, en menos o en todo. Puede haber el convenio Arruza-Puchades, a ciento veinte mil pesetas por corrida, de una serie exclusiva de cincuenta. Pueden ser veinticinco a cien mil pesetas. Puede haber o no haber exclusiva, y puede haber todo. Recorte, mi estimado y valenciano compañero, apunta la teoría del bluff y la sonda. Con esto quiere decir que los "cuidadores" de los mandones lanzan la especie, hasta ver lo que pasa, y luego, en la realidad de la temporada, se aprietan las tuercas según se puede. Recorte dice así:

"Tal vez de esos SEIS millones por cincuenta corridas pertenezca algo al mundo de la fantasía. Según han dicho los citados empresarios —Alegre y Puchades—, nada hay firmado, ya que ellos no tuvieron que firmar nada con Gago, y que todavía no se ha llegado a un completo acuerdo; pero la exclusiva existe. Como somos muy escépticos, esto nos hace pensar en una maniobra excelentemente montada por Gago, con el apoyo de la Empresa de Valencia, para sacar en la temporada venidera el máximo rendimiento a Carlos Arruza. Algo parecido a lo que ocurrió al principio de la última temporada con Manolete. Recordarán nuestros lectores que Camará hizo manifestaciones de que el cordobés torearía en la temporada únicamente sesenta corridas. Ello hizo que los empresarios, alarmados y ante el temor de quedarse sin Manolete, le contratasen por más corridas y mayor precio. Luego se vió que Manolete —si no le hubiera ocurrido el percance de Alicante— habría toreado más de cien corridas. Esto de Arruza puede ser otro juego parecido. Primero, contratar esas corridas al máximo precio, y luego, torear cuanto ofrezcan."

Vamos a terminar con un asunto que ya huele a puchero de enfermo. Si es cierta la noticia, la estimamos como un perjudicial abuso. Si lo es sólo en parte, como un abuso perjudicial en proporción a su certeza. Y si pertenece al género de "maniobra", de esas de los hogaño avisadísimos y rapaces maniobreros, que quieren empezar la temporada sentándose a la mesa de póker con tres ases en la mano, merece que el público, la verdad, vuelque la mesa de la tafurería.

Hay rumores más actuales. Las reuniones de empresarios y de ganaderos, la opinión contra las llamadas corridas "benéficas", y hasta la solicitud de los guadores de Conchita Cintrón para que se le permita torear a caballo y a pie en novilladas. Esta última noticia no es rumor, sino que viene a estas líneas tomada de una carta que firma el propio Marcial Lalanda. Sin perjuicio de glosarla con mayor amplitud, diremos que parece razonable. He aquí uno de los asuntos que se plantean a las claras. Conchita Cintrón saldría ganando; Marcial Lalanda, también; la afición no lo perdería, ya que la atracción

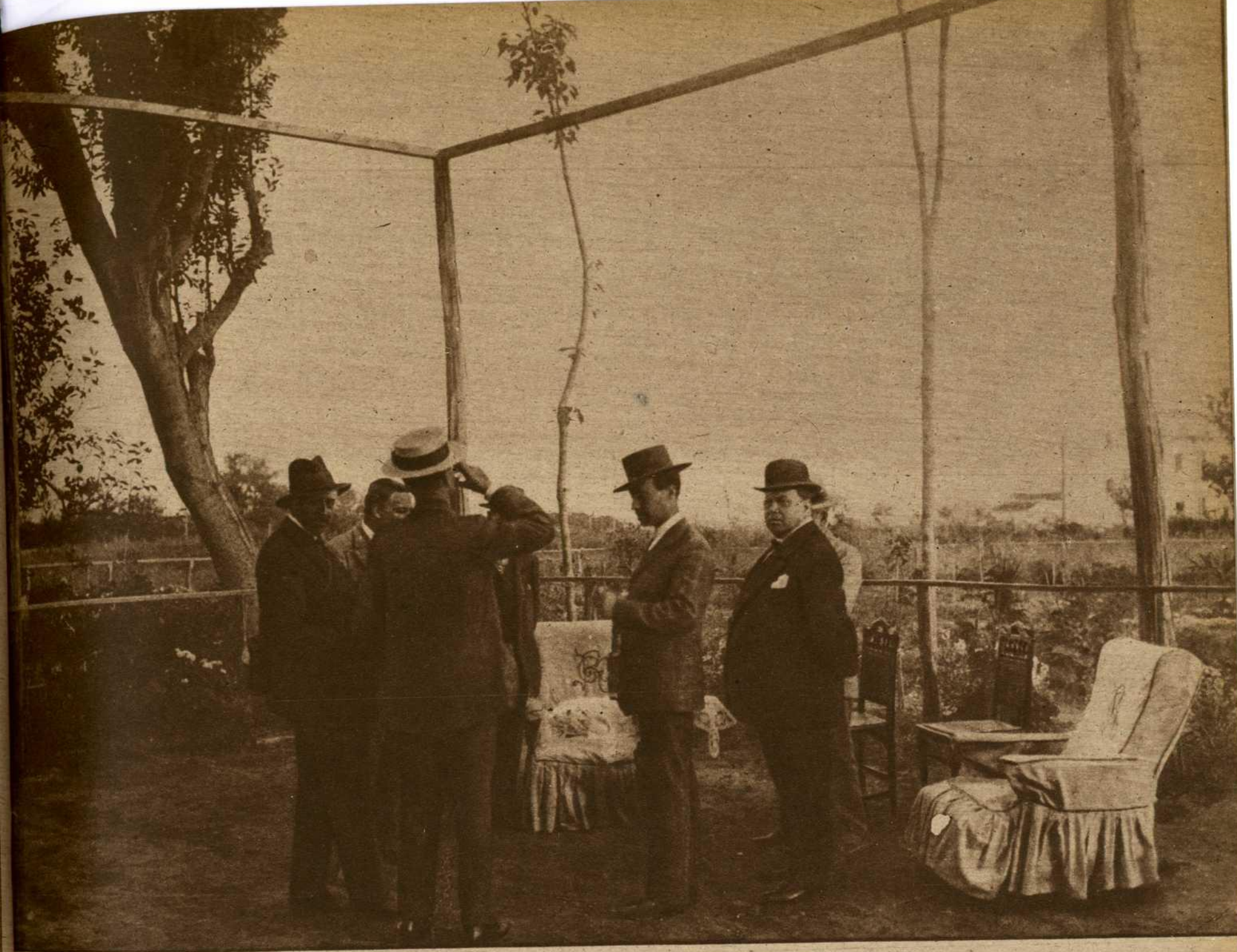


permitiría mayores posibilidades de novilladas a su nombre, y el buen punto de vista gubernativo de no permitir andar en tal trance a las mujeres parece garantizado por la excepcional entidad de la artista.

Los otros asuntos están más a oscuras, y por ello nos permitimos un leve paréntesis para ver si aclaran algo los días que faltan para la próxima crónica. El que firma siente un razonable pesimismo en que mejore ningún precio. Ahora, que tampoco ha de contentarse con que las cosas sigan igual, que es, en definitiva, lo que se persigue y apecece. Esto de pedir más para quedarse en lo que interesa como magnífico negocio, es técnica que los prenderos del Rastro, los tratantes en ganado y los mozos de cualquier zoco dominan tan a la perfección como los taurinos. Lo que una discreta experiencia enseña es eso, agravado con que el palanquetazo ha surtido efecto en todas las temporadas, desde 1939 hasta la presente. La verdad es que, sobre alguna ruina de algún empresario de menor monta y sobre el caso de toreros y novilleros que no se han vestido, la docena mandona del toreo ha obtenido unas ganancias que consideran de derecho divino y que cuentan repetir la temporada venidera. De eso se trata: de no bajar ni un ápice y de pescar en la remanga cualquier aumento que caiga a mano.

EL CACHETERO





ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

EL INVIERNO DE LOS TOREROS

RESULTA simbólica esta fotografía no sólo por el atuendo del espada —el gran Rafael el Gallo—, sino por la sencillez que refleja el ambiente, en el que se masca la tranquilidad, el sosiego y la paz del espada, que no piensa que existen los toros, y mucho menos que éstos tengan cuernos en la cabeza.

Aquí, Rafael se halla reunido con unos amigos en un cortijo —¡sabe Dios en cuál—, celebrando algo que muy bien pudiera ser esos meses de alejamiento del peligro y saboreo de la popularidad, que a fuerza de muchos sudores se ha ido amasando una tras otra frente a los cuernos de la fiera.

Es la época en la que el torero se da perfecta cuenta de lo que es y hasta dónde ha llegado. Es cuando los amigos pudientes se disputan la gloria de exhibirlos junto a ellos en las fiestas íntimas, en su casa o por los tentaderos.

Y es entonces precisamente cuando el torero gana

lo que no ha ganado a fuerza de contratos: la estimación. O, por lo menos, cuando él puede darse cuenta de ello. Porque durante la temporada también ha sido traído y llevado por estos mismos amigos o por otros; pero el ajetreo de las actuaciones ininterrumpidas no le han dado tiempo a pensar en otra cosa que en despachar corrida tras corrida. Afortunadamente, los toreros tienen su invierno.

En él recogen la cosecha, al revés que el labrador, y saborean sus frutos.

Hemos elegido esta foto y a este torero precisamente por encontrar en ella, mejor que en ninguna otra, reflejado este ambiente de paz y tranquilidad. El Gallo, juncal y torero siempre, está en ella tan lejos de su profesión, tan en burgués, que en realidad no haría falta el menor comentario para comprender su estado de ánimo.

Y nadie mejor para el disfrute que este gran sibarita de la vida que es y ha sido el gitano Rafael Gómez Ortega, calé por los cuatro costados y torero por los cuatro puntos cardinales.





El Algabeño dando la alternativa a Mariano Rodríguez en la Plaza de la Maestranza

No es sólo Mariano Rodríguez, el Exquisito, el torero que después de haber alcanzado la fama como matador de toros, abandonase junto a sus recuerdos la muleta y la espada, para empezar una nueva vida como banderillero, a las órdenes de otros matadores de toros.

No, no; no es nuevo el caso del Exquisito. Muchos, como él, sintieron el amargor de la desventura. Era tener que dejar la fama de maestros por la misión sencilla del subalterno. Pero es que la vida es dura. Y lo suficientemente larga, como para borrar el ayer. Diríamos que la vida arrolla y en la que el contemplativo de su misma vida acaba en ese difícil cruce que no admite pusilánimes. Ser o no ser. Marcharse definitivamente, dejándose llevar de los recuerdos o sobreponerse valientemente para empezar de nuevo. Como Mariano Rodríguez, que después de haberlo tenido todo como matador de toros, tiene que empezar su segunda vida taurina como banderillero. Sin embargo, Mariano Rodríguez pasó de un escalafón a otro sin mayores dolores. Tenía que ser, podría decir él.

—Yo quemé hace unos años las naves de mis sueños y de mis triunfos. ¿Con amargura? Al principio, sí. No es fácil conformarse nunca. Pero muchas veces, cuando todo me parecía tan difícil, me hacía la reflexión de que cuando llegué yo a los toros arrollé a muchos. Ahora, estas figuras de hoy me arrollaban a mí. ¿Frente a esto, que podía hacer yo? Verá usted, que me conformé.

—¿No es duro este cambio?

—Muy pocas veces he tenido ocasión de pensarlo seriamente. Siempre he huido de este pensamiento. Además, bueno será que yo le diga, de esta afición mía, que con el tiempo no disminuyó. Para mí, la Fiesta lo es todo. Mi afición es la misma de aquellos tiempos buenos. Lo que ya no sé exactamente es si seguirá. Porque ser banderillero cuando se fué matador, puede ser también un buen sistema para ir matando el veneno de los toros, para los que ya no podemos aspirar, ni tan siquiera a vivir, los recuerdos, porque la vida es demasiado dura, como para perdonar errores.

—¿Hace muchos años que tomó usted la alternativa?

LA ESPADA POR LOS REHILETES

MARIANO RODRIGUEZ ACTUARA ESTA TEMPORADA COMO BANDERILLERO

No siento ninguna amargura por haber cambiado de puesto en el escalafón, nos dijo

—El 8 de abril de 1928, en la Plaza de Sevilla. Me dió la alternativa el Algabeño y fué testigo Niño de la Palma. El mismo año y el mismo mes la confirmé en Madrid de manos de Chicuelo, siendo testigo Agüero.

—¿Cuándo renunció usted a la alternativa?

—El año 36. Luego he actuado como novillero, hasta el 44. Y en la temporada pasada, de banderillero, a las órdenes de Arruza, Blando y Montani.

—¿Como matador, cuál fué su mejor temporada?

—La temporada de mi alternativa, en la que llegué a torear 44 corridas. Mi mejor tarde, la que dí en Melilla.

—¿En su vida taurina sufrió muchas cogidas?

—Cinco. La más grave, la cogida de Santa Cruz de Tenerife, que fué exactamente igual que la que mató a Granero. Con la única diferencia que a Granero el toro le cogió junto a las tablas y a mí en los medios.

—¿Qué época, para usted, fué la mejor?

—Sin remontarnos a otros tiempos y recordando los más recientes, estimo que del año 25 al 36, el toreo tuvo su gran momento, porque había figuras y por los chiqueros salían toros.

Mariano Rodríguez va desgranando sus recuerdos. Pero nosotros

los vamos olvidando, porque la fama del Exquisito no está tan lejos como para que la hayamos olvidado. ¿Quién no recuerda aquel capotillo de sueño del Exquisito y su muleta mágica? Los tiempos de Mariano Rodríguez están muy cerca de nosotros. Y los aficionados de hoy, cuando le vean hacer el paseillo como banderillero, dirán:

—Ese peón de plata y grana es Mariano Rodríguez, el Exquisito. ¿Qué gran matador de toros!

El aficionado le haría justicia.

C. E. F.



El Exquisito, haciendo honor a su nombre, toreando al natural en una de sus actuaciones en la Plaza de Madrid



Mariano Rodríguez, el Exquisito

Balsamo Azul
 UNGUENTO ANTISEPTICO
 PARA ACCIDENTES Y ENFERMEDADES DE LA PIEL •
 Censura sanitaria num 3970 QUEMADURAS - GRANOS - ULCERAS - HERIDAS
 VENTA EN FARMACIAS

ANTE LA TEMPORADA PROXIMA

"DON FABRICIO", crítico de "ABC" de Sevilla, no cree en la crisis de la Fiesta y asegura que el año 1946 será bueno para los novilleros

QUIÉN es Don Fabricio? Esta pregunta corrió por las tertulias taurinas de Sevilla cuando la muerte del inolvidable Juan M. Vázquez (crítico del *A B C* sevillano) puso la crónica de este fino y llorado maestro de la glosa taurina en las manos expertas de don Antonio Olmedo, subdirector de *A B C*. Y Olmedo (Don Fabricio, porque así se le ocurrió, casualmente, firmar el año 1921, en que le fueron encomendadas las críticas taurinas de *El Correo de Andalucía*) es nada menos que el crítico sevillano en quien se condensan todas las calidades específicas que hacen de una crónica taurina un verdadero regalo y un deleite para la buena afición. Pues bien: Don Fabricio nos ha hecho interesantísimas confesiones y nos ha sugerido muchas ideas sobre los debatidos problemas actuales de la Fiesta. Helos aquí:

—Yo creo que ni hay crisis ni son originales ninguna de las cuestiones que ahora se plantean, como defectos, a la Fiesta. Son las de siempre. Se repite todo y no son más que animados motivos de decoración para las charlas del invierno. Cuando salga el toro...

Y ahora, Don Fabricio, se detiene un instante y dice:

—En esto, sí. El toro conviene que tenga un poquito de más peso. Por ejemplo: 275 kilos estaría muy bien. Pero tan perjudicial sería para el toreo de nuestro tiempo —de inestimables calidades— los megaterios de hace treinta años, como el toro enano. Dejémosle en los 275, y sigamos. No hay más que una realidad: que estamos en una de esas épocas maduras y completas en las que dos bandos y dos figuras se disputan la totalidad de la pasión pública. Pero esto no supone ningún inconveniente, ni el problema (por ejemplo) de la carestía del espectáculo tiene remedio. Mientras Arruza y Manolete interesan del modo desahogado en que interesan, la gente seguirá pagando lo que ahora paga o más. Y cuando esta pasión se acorte —que puede ocurrir, por ejemplo, si Arruza llega a superarse y a torear artísticamente—, nunca faltarán los Machaquito y Bombita que llenen las zonas grises hasta la aparición de los nuevos genios. Lo demás son acordes y entretenimientos.

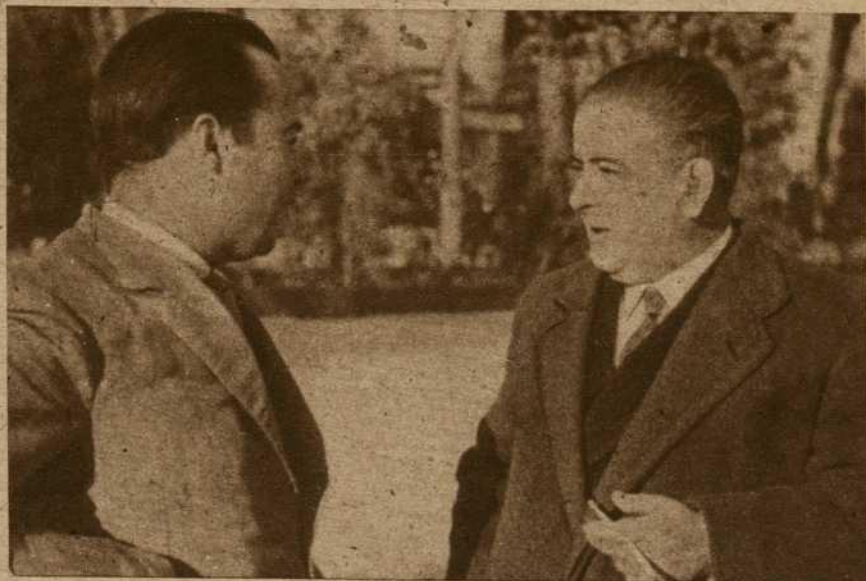
¿Por qué ha crecido la afluencia de público a las Plazas? ¿Por qué hay más público y «menos afición»? He aquí dos problemas palpitantes de verdad y actualidad a los que Don Fabricio nos responde de este modo:

—Acude más gente porque el toreo es un espectáculo confortable a causa de la reducción de tamaño en las reses y los petos en los caballos. Disminuidas las posibilidades de tragedia (no es lo mismo curar como se curaba, por ejemplo, al Lavi, con «hisopo y salmuera», que con el empleo de la penicilina), ha llevado a las mujeres a la Plaza y éstas suman, quizá, un 50 por 100 del número de espectadores.

—¿Podrían los toreros de hoy con los toros antiguos? ¿Podrían haber toreado como ahora los toreros viejos? —preguntamos a Olmedo.

—Manolete y Pepe Luis habrían sido tan grandes figuras como Lagartijo o el Guerra: porque son grandes lidiadores, dominadores muy certeros, maestros, en suma. Esto es una afirmación perfectamente visible para todo examen desapasionado. Y los antiguos claro está que habrían sentido el toreo de hoy y tal vez lo habrían mejorado. Prueba de ello es que Joselito y Belmonte, suma perfección y renovación del viejo toreo, fueron nuncios de todo cuanto luego ha sido posible.

Hablamos de la última temporada en Sevilla, a la que Don Fabricio califica de «la más brillante», hasta ahora,



Antonio Olmedo cuenta a nuestro corresponsal, Luis de la Barja, sus impresiones sobre el problema económico de la Fiesta

entre estas últimas. Su momento —especifica— más trascendente fue la faena que Manolete hiciera a un toro de Clemente Tassara en la Feria, al que dió, en dos series, ocho naturales impecables. A fuerza de acercarse, Manolete fue volteado y se levantó, valentísimo, y le dió un volapié que carecía de clasificación y de época. Algo insuperablemente bello y prodigioso. De esta forma entró siete veces en la Feria.

—Y en cuanto a la nueva temporada, ¿qué combinaciones para la Feria haría Olmedo?

—Esta temporada puede ser también brillante (a pesar de que estén ausentes los monstruos, como ahora se dice); responde el ilustre crítico de *A B C*. Hay figuras que pueden combinarse muy armónicamente. Si a esto se une que puede ser un buen año para novilleros «que no quieran ser matadores de toros en dos corridas», cabe esperar mucho y bueno de este 1946, año, además, decisivo para la pareja Manolete-Arruza en su estimación y acogida del público.

Don Fabricio —mientras nos despedimos— escribe en una cuartilla este pequeño título: «Herradero». Es su sección taurina de *A B C* —sabrosa y certerísima— que sigue muy de cerca la afición sevillana. Porque en ella se dicen las verdades por kilos, pero también se hace justicia al mérito. —LUIS DE BARJA



Don Fabricio y Manolo Belmonte rien optimistas ante los temas de crisis taurinas (Foto Arenas)



¡GRAN CONCURSO!

COÑAC

CENTURION

ORGANIZADO POR LA CASA PALOMINO & VERGARA - JEREZ

RESULTADO

La solución de este concurso es la siguiente: Los cinco errores de la etiqueta van marcados con un círculo. Las palabras motivo del apartado B de la primera pregunta son: AROMATICO, EXQUISITO, SUPERIOR.

Entre los 712 concursantes que dieron la solución exacta, se ha efectuado sorteo ante el notario don Pedro Avila, con el resultado siguiente:

PRIMER PREMIO, de 5.000 pesetas, a doña Margarita Alonso, calle de Alonso de Palencia, número 4, Zamorilla (Málaga).

SEGUNDO PREMIO, de 2.000 pesetas, don Tomás Salado Gangoso, funcionario de la Prisión Central en Alcalá de Henares (Madrid).

Una caja surtida de productos de la Casa, a doña Elena Feito López, Dirección General de Seguridad, Madrid; don Emilio Ramis Castrelo, Mas Vinyals de Clara, Argenton (Barcelona); don José Jaime Hernández Hernández, Santa María de la Cabeza, 17, Madrid; don Carlos Durán Daza, hotel Inglaterra, Sevilla; don Manuel Mo-

rillos Delgado, maestro nacional, Goñahuércal-Overa (Almería); doña Pilar López Yagües, Alvarez Quintero, 30, Murcia; don Facundo Muñoz Rivero, carretera del Este, 39, Madrid; don Sebastián Alarcón, alameda de Capuchinos, 34, Málaga; don Eleuterio Población, Fernández de la Hoz, 70, principal centro, Madrid, y don Adolfo Calavia Miguel, Juliana Larena, 27, Egea de los Caballeros (Zaragoza).

La entrega de los premios tendrá lugar el próximo día 28, a las once de la noche, en el Estudio de Radio Madrid, durante la emisión de «Tauromaquia», rogando la asistencia de los favorecidos, quienes deberán pasar con anterioridad por las oficinas de la Sucursal de Palomino y Vergara, Marqués de Cubas, 18, Madrid.

Otros productos de la Casa:

Coñac **EMINENCIA** (Brandy viejísimo)

Tres cortados **BULERIA**

Fino **TIO MATEO**

Anís **LA JEREZANA**



PALOMINO & VERGARA

LA MARCA DE LOS BUENOS CATADORES
JEREZ DE LA FRONTERA

TELEGRAMAS DE AMERICA



Ahora que las "noticias particulares" llegan muy a menudo cantando las excelencias, las orejas, los rabos y otras añadiduras, no viene mal esta fotografía tomada en una Plaza del otro lado del Atlántico hace algunos años. Como se aprecia, el matador trata de darle un ayudado a la sombra del toro, porque éste pasa "un poco lejós". Ahora bien: ¿qué cable enviaría después? Casi juraríamos que el Morse transmitió, por lo menos, un par de orejas. Claro es que los toros no suelen tener más.

UNA ANECDOTA A LA SEMANA

AQUEL TORO CORNALON

Estaba en la Plaza de Toros vieja de Barcelona Guerrita con unos amigos, viendo descajonar una corrida que se había de lidiar al día siguiente, y en la que el cordobés tenía que tomar parte.

Eran los toros buenos mozos, con una cabeza bien puesta, excepto uno de ellos, que la te-



El Guerra

nia descomunal y que después le tocó en

suerte a Bebe Chico.

Guerrita, señalando a uno de los toros, no precisamente al cornalón, dijo:

—Como ése, era aquel que recibí en Sevilla.

—¿Como ése? —le dijeron, señalando a aquel monumento de cabeza.

—No, hombre; como ése, río. A ése le recibe su "mare".

¡Para la sombra y el SOL!

CADA SIETE DIAS UNA VARA

Los empresarios, los ganaderos, los toreros y los precios



PARECE ser que últimamente, con la alarma a flor de piel, han convocado una urgente reunión los empresarios de toros. Ello ha sido debido, al parecer, a que se decía, con ciertos visos de realidad, que los ganaderos pensaban subir los precios de las re-

ses. Ante esta determinación, que ellos consideran improcedente y perjudicial para la fiesta —y para sus intereses—, han llegado al acuerdo de escribir a los criadores de reses bravas rogándoles que lo dejen siquiera por este año.

Como resulta que los ganaderos estiman que el encarecimiento de la fiesta no depende de ellos, porque al fin y al cabo la vida sube también para los toros y éstos cada día gastan más en alimentos, también se cree que piensan en reunirse, a fin de llegar a otro acuerdo que les permita no perder.

Y como también los toreros forman parte de este conglomerado, dispuestos a "abaratar" —siempre hacia arri-

ba— el espectáculo, y por otra parte, ellos son los que arriesgan más, no tendría nada de extraño que se reunieran para lanzar sus acuerdos. Que ellos también tienen derecho.

Y así, un día tras otro, llueven las noticias sobre este tema palpitante. Pero nosotros nos desojamos buscando la noticia en la que una de las partes más esenciales de la fiesta nacional opine. Y no lo vemos.

Y es que, por lo visto, el público no sirve más que para pagar los tendidos al precio que sea.

O lo que es lo mismo, para "pagar el pato".

Que es lo que se dice por Embajadores.

BURLADERO



Ya empiezan los toreros a prepararse ante la temporada que se avecina. Unos se van al campo, otros hacen ejercicios en el frontón, muchos juegan al fútbol, y hasta los hay que cambian de apoderado.

No sabemos si también entra entre sus cálculos la idea de arrimarse.

Cada día hay un nuevo torero que se pasa al cine. El celuloide va ganando adeptos entre los coletudos porque produce tanto como los toros o casi igual y el riesgo dicen que es menor.

Claro que eso no se le puede decir a Mario Cabré.

Porque nos pega.

Jaime Noaín ha sido padre por tercera vez. Y Jaime Noaín no ha pensado aún en retirarse, porque dice que aun quiere actuar este año en algunas Plazas.

Y por lo visto, regalarle las orejas que corte al benjamín.

Este año van a ser renos las corridas de la feria valenciana, según noticias de los Círculos bien informados.

Y es lo que dicen los toreros: "Nos ha hecho polvo los valencianos; otra cosa que nos falla".

Una localidad con asiento de las primeras cinco filas cuesta en la Plaza del Ache, que, como ustedes saben, está en Lima, la tontería de 150 dólares. Claro está que esto es para cinco corridas. Lo que quiere decir que treinta dólares es el precio por festejo.

Como resulta que después de todo las localidades están agotadas, casi se puede asegurar que en Lima hay toros.

Porque pasa lo mismo que aquí, con la diferencia de que hay una pequeña diferencia de precios.

Debe ser el impuesto de las Aduanas.





UNA BUENA VARA



Toreo cómico



Toreros célebres: Antonio Guerrero, Guerrerito
(Dibujo de Enrique Segura)